

SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA  
DE COSTA RICA

Publicación No. 2

RUBEN YGLESIAS HOGAN

NUESTROS ABORIGENES

APUNTES SOBRE LA POBLACION  
PRECOLOMBINA DE COSTA RICA

9-10-16-17-18-19-20-21-22

Editorial Trejos Hermanos

San José de Costa Rica

1942



No. 4984

San José, 7 de noviembre de 1941.

Señor  
don Rubén Yglesias.  
Ciudad.

Me es grato manifestar a usted que leí con mucho gusto su libro titulado «Nuestro Aborígenes», el cual da a conocer bien ese aspecto de nuestra historia y por consiguiente lo considero de gran interés para los Colegios de Segunda Enseñanza y grados superiores de las Escuelas Primarias.

En esta oportunidad me complazco en suscribirme de usted muy atentamente,

LUIS D. TINOCO h.  
Secretario de Educación

# NUESTROS ABORIGENES

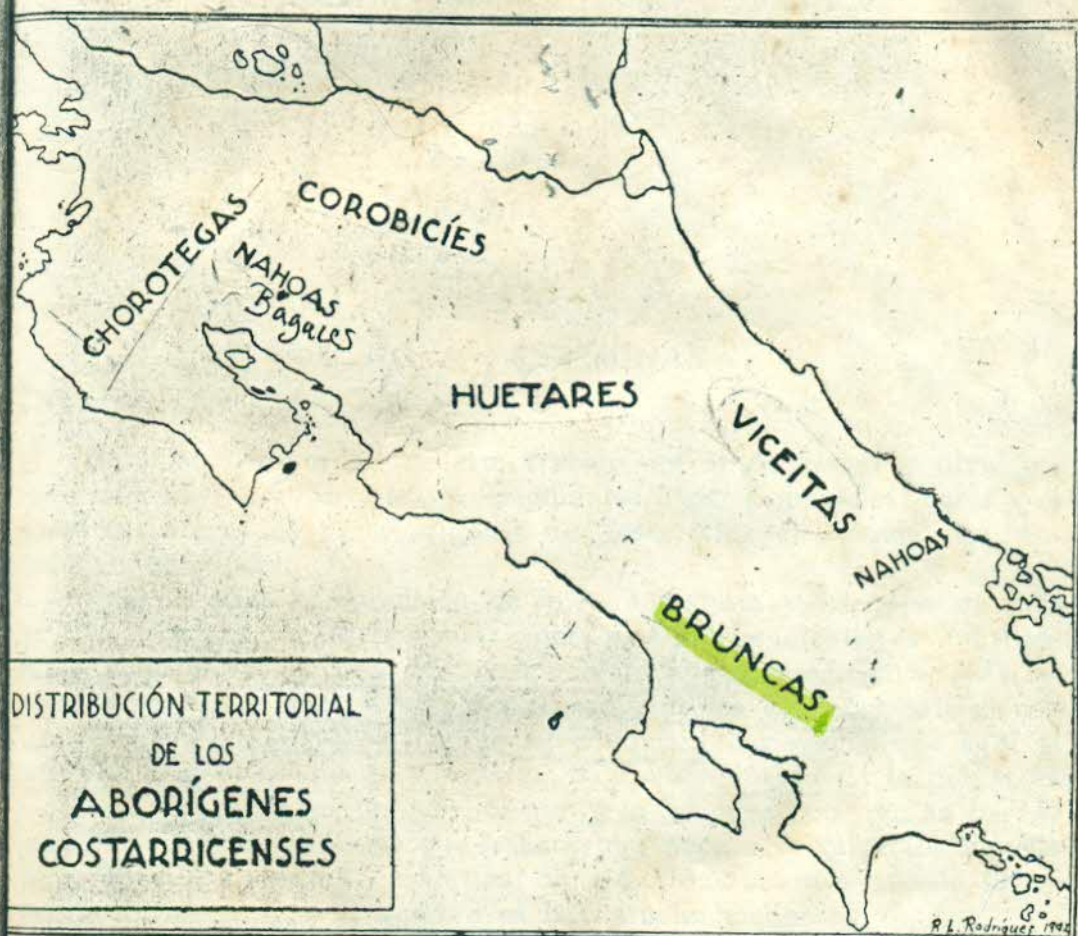
---

APUNTES SOBRE LA POBLACIÓN  
● PRECOLOMBINA DE COSTA RICA

FOR

RUBEN YGLESIAS HOGAN





DISTRIBUCIÓN TERRITORIAL  
DE LOS  
ABORÍGENES  
COSTARRICENSES





2

## NOTA PRELIMINAR

El objeto primordial de este trabajo es el de reunir y divulgar, especialmente para uso de los estudiantes, los principales datos que poseemos acerca de los aborígenes de Costa Rica, en lo que a su procedencia se refiere.

Para la clara comprensión de nuestra historia y del papel que nos ha tocado y nos toca representar como país independiente, es indispensable conocer las fuentes de nuestra nacionalidad que, como todas las ibero-americanas, son el fruto del cruzamiento de las razas nativas con las europeas que llevaron a cabo su conquista. Es verdad que aquí el factor aborígen es apenas apreciable, dado lo reducido de la población indígena al ocurrir el descubrimiento y la rapidez con que se ha ido extinguiendo, en tal forma que si hace una década se calculaba aquélla en escasamente tres mil, en un total de 516.000 habitantes (año de 1930), puede afirmarse que su número es hoy mucho menor.

Para los costarricenses lo autóctono no ha tenido incentivo, y no existe entre nosotros el indio como preocupación actual, ni hay aquí rastros importantes de la cultura precolombina capaces de impresionar la mente popular. El estudioso puede reconocer en algunas costumbres, en los dialectos, en determinados modismos del lenguaje común, en ciertas supersticiones, la influencia de las razas primitivas, bastardeada empero por otras extrañas. En cuanto a los individuos, sólo quedan algunos grupos en Talamanca, Boruca, Térraba y Guatuso, que llevan una vida miserable y se diezman con extraordinaria rapidez, sin ejercer influjo alguno en la marcha y desarrollo del país, como tampoco lo ejercieron en la formación de éste, excepto en lo que a la provincia de Guanacaste se refiere, cuyo pueblo descende en gran parte de los antiguos chorotegas. Este hecho no desvirtúa nuestro aserto, pues es

9



sabido que fué la población de la meseta central la que impuso sus normas y formó la nacionalidad costarricense, y que esta población está integrada por una gran mayoría de gentes de ascendencia europea, en la cual el factor indígena apenas es un detalle que no puede tomarse en cuenta para analizar su desarrollo como colectividad. Sin embargo, para la correcta interpretación del cuadro histórico es oportuno recoger los datos que referentes a nuestros aborígenes aparecen dispersos en obras que, aún cuando son de gran valor, no están al alcance de la mayoría de los lectores costarricenses, bien por estar agotadas, como ocurre con casi todas las de autores nacionales, bien por haber sido editadas en idiomas extranjeros.

Tales circunstancias nos han movido a ofrecer aquí esas informaciones, para establecer, hasta donde sea posible, el origen de las distintas razas que poblaban este territorio al producirse su descubrimiento y su conquista por los españoles.

Creemos oportuna la ocasión para recordar que aún cuando es cierto que los grupos de aborígenes que subsisten no han influido en la vida económica, política y social del país, es lamentable el abandono en que se les ha tenido, siendo hora ya de dictar las medidas necesarias para promover el mejoramiento de las precarias condiciones en que se encuentran, para incorporarlos a la vida nacional; y es de esperarse que este anhelo, expresado esporádicamente por algunas personas comprensivas y generosas, llegue a ser pronto una realidad.



## EL ORIGEN DEL INDIO AMERICANO

El esclarecimiento del origen de los primitivos pobladores de América ha sido un tema apasionante desde el momento mismo en que se realizó el descubrimiento. Las más diversas y en muchos casos extravagantes teorías han sido ofrecidas, desde aquellas que les hacen descender de las diez tribus perdidas de Israel, hasta las más racionales que suponen movimientos migratorios, voluntarios o forzados, de grupos europeos, asiáticos o africanos, que establecidos en distintos puntos del continente fueron la base de la población americana. BANCROFT (1) ha recogido en su voluminosa obra todas estas teorías, así como las demás informaciones que sobre la materia habían aparecido hasta entonces. En cuanto a los aborígenes centroamericanos, tenemos, después de los escritos de los cronistas españoles que dieron los primeros datos en la época de la Conquista (FERNÁNDEZ DE OVIEDO, HERRERA, etc.), valiosos trabajos de distinguidos investigadores modernos relativos a determinados aspectos de este tema. Entre ellos debemos mencionar a LEHMANN, a nuestro erudito profesor don CARLOS GAGINI, al apóstol Monseñor THIEL, respecto de las lenguas indígenas; y a HARTMANN, HOLMES, LOTHROP y otros en relación con las artes y aquellos otros aspectos culturales que se analizan por medio de la arqueología, sin olvidar, naturalmente, al laborioso abate BRASSEUR DE BOURBOURG, con su *Historia de las naciones civilizadas de México y de la América Central* y otros libros en que dió a conocer el fruto de su paciente, valiosa y a veces demasiado imaginativa labor. Igualmente debemos anotar con gratitud los nombres de aquellos dos distinguidos patriotas, los historiadores don LEÓN FERNÁNDEZ y don MANUEL MARÍA DE PERALTA, que con ilustrada paciencia formaron el venero de inapreciables tesoros documentales que son la base de nuestra historia.

Dentro de las contradictorias teorías sobre el posible origen de los habitantes precolombinos del nuevo continente, y que no es del caso analizar aquí, los más eruditos autores han reconocido ampliamente la importancia del papel desempeñado por Costa Rica como *meeting ground* de las razas y culturas norte y sur-americanas. Así leemos en la admirable obra de LOTHROP (2) los siguientes conceptos:

«El área bajo consideración (occidente de Nicaragua y el territorio de Costa Rica) proporciona un campo de reunión para dos complejos culturales, que pueden ser llamados las civilizaciones centroamericana y suramericana del noroeste. La primera abarca la región del México Central al oeste de Nicaragua y la península de Nicoya; la segunda se extiende

(1) HUBERT HOWE BANCROFT: *The Native Races of the Pacific States of North America*.

(2) S. K. LOTHROP: *Pottery of Costa Rica and Nicaragua*, págs. 392 y 411.



de Costa Rica a través de Panamá y Colombia hasta el Ecuador. En general, parece que las influencias culturales, tanto del norte como del sur, llegaron y persistieron en Costa Rica y Nicaragua mucho tiempo después de haber sido desarrolladas en otras partes». Y el mismo autor agrega: «De las numerosas instancias aducidas se ha demostrado que el arte aborigen de la cerámica de Costa Rica y Nicaragua se derivó en parte de las más civilizadas naciones de México y el norte de Centro América; también hemos demostrado características que pertenecen claramente a la cultura de Sur América. El examen de la cerámica de Chiriquí indica que pertenece *in toto* a Sur América; el estudio del área del Pacífico de Costa Rica y Nicaragua revela muy pocas características suramericanas. El verdadero campo de encuentro entre los dos continentes queda, en consecuencia, en las tierras altas de Costa Rica». 4.

¶ Tal circunstancia es, precisamente, la que otorga excepcional interés al estudio de las razas aborígenes que habitaron nuestro territorio, que se hace dificultoso por la escasez de datos con que para ello se tropieza. Es en verdad sensible que los primeros cronistas no hubiesen puesto atención en anotar, al referirse a las diversas tribus, su relación racial y lingüística. Contrasta esta incuria con la abundancia de detalles y la exactitud y a menudo donosura de las descripciones geográficas del nuevo continente que se presentaba a la audacia maravillada de los conquistadores. Con raras excepciones, hay lamentable ausencia de los datos que podrían servir para establecer con determinada certeza la filiación étnica de las poblaciones diversas que sometían los españoles. Esta falta de detalles se prestó para suponer a las razas aborígenes una diversidad de procedencia tan asombrosa por su número como por las fantasías con que se las trataba de explicar. La ciencia ha ido reduciendo las cosas a límites más lógicos y naturales, permitiendo agrupar a esas razas en grandes grupos principales, de los cuales derivaron los otros, y cuyas características más notorias permiten definir el análisis de sus idiomas, sus ideas religiosas, sus costumbres, etc. Esta tarea, ciertamente, no es nada fácil, y no se ha llegado a un acuerdo en la materia. Contra el sistema de identificación lingüística se han pronunciado muchos autores. «Más que las similitudes de lenguaje, que en la América procolombina se encuentran en todas las grandes familias indígenas, dice el venezolano J. C. Salas en su obra sobre los Caribes, débese adoptar como índice de agrupamiento de diversas tribus las costumbres y ritos religiosos, fallando como fallan los índices filológico y antropológico» (3).

Creemos, empero, que el sistema adolecería de las mismas faltas, pues así como la identidad de lenguaje no equivale siempre a la racial, así también la de costumbres y creencias religiosas es a veces lograda

(3) JULIO C. SALAS: *Los Indios Caribes* (Barcelona, 1921, pág. 150).



por imposición, fruto de la conquista, y parece, pues, conveniente en este caso dar preferencia a las filiaciones artísticas. El arte refleja mejor que cualquiera otro medio o manifestación el espíritu de un pueblo, y señala con huellas inconfundibles tanto su desarrollo geográfico como cultural. Este espíritu puede mezclarse y transformarse, pero conservará siempre determinadas características, que permitirán reconocerle y señalar así con relativo acierto su origen, sin que pueda sostenerse, empero, que éste sea un sistema infalible. La solución del problema fundamental del origen de los primeros pobladores centroamericanos, como los del resto del continente, seguirá siendo materia de especulación por mucho tiempo, y no entra en nuestro propósito abordarlo. Sólo deseamos recoger los informes dispersos sobre los primitivos habitantes del actual territorio costarricense, y sacar las conclusiones que tales noticias nos permitan.

Ellas, así como los estudios más recientes, nos indican que la población precolombiana de Costa Rica pertenecía a razas diferentes, llegadas unas del norte, procedentes del sur las otras. Erró, pues, autor tan autorizado como el DR. WILLIAM M. GABB al decir en su estudio sobre *Tribus y lenguas indígenas de Costa Rica* (4), que «los indios de Costa Rica, talvez con la única excepción de los Guatusos, pertenecen todos a una familia íntimamente afín», agregando que hacía esa sola excepción «por deferencia a la casi absoluta ignorancia que aun existe en lo referente a esa tribu aislada».

¿De dónde procedían los primitivos pobladores de Costa Rica? El profesor GAGINI (5) supuso que fueron tribus de la familia tupi-guaraní, y que a esta primera capa humana se superpuso una segunda formada por tribus mexicanas que rechazando o subyugando a las primeras pasaron por nuestro territorio y penetraron probablemente en la América meridional hasta un punto que la ciencia no ha determinado todavía. Estima que los tarascos llegaron hasta el istmo de Panamá, señalando que el propio nombre de Veragua (6) es tarasco (*Veracua*, la salida), y apunta algunas esporádicas analogías de su lengua con el quechua peruano, sugiriendo lo interesante que sería seguir el camino de los pueblos mexicanos a través de Centro América con dirección al sur, estudiando comparativamente los nombres geográficos que quedan como huellas de su paso.

Sobre esta materia nos parece interesante recordar que algunos autores han considerado la posibilidad de que elementos africanos hubieran llegado en épocas remotas al Brasil, impulsados por las corrientes

(4) LEÓN FERNÁNDEZ: *Documentos para la Historia de Costa Rica*, tomo III, págs. 303 y sig.

(5) CARLOS GAGINI: *Los Aborígenes de Costa Rica*, 1917, pág. 37.

(6) Sin embargo, en los *Documentos* de don LEÓN FERNÁNDEZ, tomo 1, pág. 53, leemos: «Recorrió (Colón) todas las islas y bahía de Zorobaró, llamada después bahía del Almirante en su honor, y visitó la tierra firme que rodea aquellas islas, a la cual llamó *Vera Aqua en genovés*».



marinas, formando así en el corazón de Sur América un centro de distribución de población que dió origen a las tribus indígenas de esa parte del continente. BANCROFT (7) recoge la teoría de que entre esos inmigrantes africanos había algunos núcleos de ascendencia hebrea, el abate BRASSEUR DE BOURBOURG alude a los *Wabis*, «llegados al parecer de Nicaragua, y según otros relatos desde el Perú a Tehuantepec» (8). También se ha sostenido que los quichuas eran una raza aria, llegada a América desde Oceanía, todo lo cual parece autorizar la suposición de que efectivamente se registró un movimiento migratorio que desde algún o algunos puntos de la América del Sur llevó a determinadas razas o tribus hacia el norte.

Por otra parte, se ha sostenido que, a la inversa, los pueblos primitivos suramericanos se formaron por inmigraciones del norte y se ha reconocido ampliamente la influencia de las culturas centroamericanas en Sur América.

Autor tan respetable como el Profesor HRDLICKA en su *The origin and antiquity of the American Indian* (9) discute el oscuro problema de los aborígenes del nuevo continente, llegando a la conclusión de que los pueblos americanos descienden de emigrantes asiáticos que en pequeños grupos y en épocas distintas abandonaron sus territorios nativos hará de diez a quince mil años y fueron estableciéndose, primero en Alaska y el norte de Canadá, después en Estados Unidos, siguiendo luego a México, Centro y Sur América. «El primero de estos subtipos de acuerdo con muchas indicaciones—dice el profesor Hrdlicka—fué el indio dolicocefalo, representado hoy en Norte América por los grandes grupos Algonquiano, Iroquois, Siouano y Shoshone; más al sur por las tribus Piman Aztecas, y en Sur América por muchas ramas que se extienden sobre largas porciones de ese continente desde Venezuela y la costa del Brasil hasta Tierra del Fuego. Luego vino, según parece, lo que Morton llamó el tipo *Tolteca*, tan indio como los otros, pero señalado como Braquicefalo. Este tipo se asentó a lo largo de la costa occidental, en las regiones rocosas centrales y orientales, las Antillas México (incluyendo Yucatán), en los Estados del Golfo de México, sobre gran parte de Centro América, alcanzando finalmente la costa del Perú y otras partes septentrionales de América del Sur».

Esta tesis ha encontrado muchos y muy autorizados defensores.

El Dr. KARL SAPPER (10) dice: «La cultura intelectual de México y la América Central sobrepujaba a la de los países andinos, que habían recibido muchos gérmenes culturales de la América Central». Y el Dr.

(7) *The Native Races*, etc. Tomo V, págs. 96 y sig.

(8) *Histoire des nations civilisées*, etc. Tomo III, pág. 36.

(9) *The Smithsonian Report for 1923*, pages 481-494.

(10) *Anales Sociedad Geografía e Historia de Guatemala*.



MAX UHLE ha tratado con su habitual profundidad el tema de esta influencia en las culturas pre-incaicas del Perú. A esta «teoría de las importaciones culturales centroamericanas en el Perú» se refiere el Dr. JULIO C. TELLO (11), así:

«La teoría relativa a la existencia del Imperio Megalítico pre-incaico recibió un gran impulso con los hallazgos arqueológicos de Max Uhle. Éste constató en diversos lugares de la costa peruana y en un estrato correspondiente a un período anterior a los Incas, la presencia de objetos pertenecientes a la cultura de Tiawanako, la que sin embargo no era tan antigua, pues ella fué precedida por otras culturas muy adelantadas de la costa, las que a su vez fueron precedidas por una cultura de primitivos pescadores, cuyos restos fueron hallados en los antiquísimos basurales de Supe y Ancón. Es así como se dispusieron en orden cronológico las siguientes culturas, que a su vez corresponden a otros tantos períodos de la historia precolombina:

- 1.º—La de los pescadores primitivos del Litoral;
- 2.º—Las denominadas protoides: Proto-Chimú, Proto-Lima, Proto-Nazca y Chavín;
- 3.º—Las culturas locales del Litoral: Chimú, Chancay, Iza o Chinca y Atacameña;
- 4.º—La Inkana.

Casi todas estas culturas, y en especial las más avanzadas, tendrían como origen las altas culturas centroamericanas».

Cabe advertir, empero, que LOHTROP, que revisó el punto en conversaciones con el propio Dr. TELLO, en Lima, se declara en contra de esta teoría, en las siguientes palabras (12):

«Antes de abandonar el sujeto de Perú queremos hacer ver que el hombre se libró de la barbarie en dicha región hace mucho, mucho tiempo. Esto es indicado por la complejidad de la sociedad encontrada por los españoles, por la domesticación de animales y de plantas alimenticias, por las sorprendentes obras de ingeniería vistas en la construcción de caminos y acueductos, por el enorme tamaño y magnificencia de las ciudades en ruinas, y por el alto nivel y lo intrincado de los productos artísticos de los varios grupos que habitaban el país en la época pre-europea. En realidad, la cultura peruana parece ser tan antigua; si no más, que todo lo que hasta ahora se conoce de Centro América».

Nos parece oportuno recordar aquí que la teoría del origen tolteca de los peruanos fué combatida también por Humboldt.

(11) JULIO C. TELLO: *Antiguo Perú*, pág. 20.

(12) S. K. LOHTROP: ob. cit. Tomo II, pág. 407.



## LA ORGANIZACION SOCIAL DE NUESTROS ABORIGENES

✱ La organización social de la población precolombina de Costa Rica era, en general, primitiva, sin admitir comparación con la de otros pueblos americanos, como mayas, aztecas, chibchas e incas/ Es verdad que los chorotegas poseían una cultura superior a los otros grupos, y que entre los huetares existían ciertos vínculos que podrían compararse a los de la época feudal europea/ pero no puede decirse que hubiera en nuestro territorio una nacionalidad definida, como en México o Perú, o como entre los mayas y chibchas. ✱ Las razas que aquí se habían establecido se fueron dividiendo en numerosas tribus, que apenas mantenían contacto entre sí, y que, aisladas por factores geográficos y económicos, hacían una vida rudimentaria, sin otro ideal, al parecer, que el de satisfacer las necesidades materiales más apremiantes. La caza, la pesca, una incipiente agricultura, tales eran sus preocupaciones. También la guerra, como una necesidad ineludible, tanto para defenderse de las agresiones de pueblos más poderosos como para abastecerse de esclavos y de víctimas para los sacrificios. Pero en este mismo aspecto no debe verse una expresión de fanatismo religioso, cual quizá podría interpretarse en el caso de aztecas y mayas, sino sólo una costumbre cruel en que la rutina suplantaba a rituales y enseñanzas olvidadas conforme las sucesivas generaciones se separaban, material y espiritualmente, del tronco común. Porque no demostraron nuestros aborígenes una preocupación religiosa superior al culto a los elementos, corriente hasta en los pueblos salvajes, ni dieron muestra de inquietudes espirituales o intelectuales extraordinarias. La principal y casi única manifestación artística que de ellos nos queda es su cerámica, y si bien pone de manifiesto bastante adelanto técnico, si puede emplearse tal término en este caso, los motivos que inspiran su ornamentación son simples, y además comunes a la mayoría de las tribus americanas, derivados en su casi totalidad de formas animales y vegetales. Encuéntranse, es cierto, piezas que, como los magníficos metates ceremoniales exhumados en San Rafael de Coronado (colección J. A. Lines) muestran dioses o perpetúan los mitos indígenas, pero también es verdad que sus significados y simbolismos eran apenas conocidos al tiempo de la conquista. Reconstruirlos con los elementos proporcionados por los escasos sobrevivientes de esos grupos sería, además de difícil, inexacto, porque el contacto con los españoles y con otras razas desde aquella época ha producido muchas alteraciones en las ideas y costumbres de los indios, con la consiguiente modificación de su mentalidad, influenciada, si no dominada del todo, por las doctrinas predicadas por los misioneros.



El cuadro que presentaban nuestros aborígenes era, pues, el de un conjunto de tribus retrasadas, desconocidas o enemigas las unas de las otras, que llevaban una vida humilde y azarosa, y sólo entre los nicoyanos encontraron los españoles algo comparable, aún cuando bastante inferior, a los conglomerados sociales de otras regiones de la América precolombina.

El estudio incipiente de sus lenguas y sus religiones, la carencia de obras permanentes que permitan restablecer con exactitud el grado de cultura por ellos alcanzado, nos obliga a ceñirnos, para los propósitos de este trabajo, a los datos que arrojan los antiguos documentos recopilados por nuestros historiadores, y a aquellos otros, producto de las investigaciones de los hombres de ciencia que en tiempos más recientes y en nuestros propios días han dedicado sus empeños a esclarecer los múltiples problemas que esta parte del pasado encierra. En cuanto a la primera fuente, la de los documentos de la época de la conquista y la colonia, se tropieza con la dificultad de las inexactitudes en que caen los autores, especialmente en lo que a los nombres propios se refiere, que aparecen escritos de tan diversas maneras que es a veces casi imposible reconocerlos, típico ejemplo de lo cual es el de la bahía Zorobaró o de San Jerónimo (hoy de Almirante) que resulta también Zarabaro, Zarabaco, Carabaco y Caribaco, según puede verse en la obra del señor PERALTA, *Costa Rica y Colombia*. Y lo mismo ocurre con los nombres de las tribus y pueblos, lo cual exige un minucioso análisis para no hacer confusiones.

Con respecto a los otros informes, merecen fe cuando provienen de autoridades reconocidas, pero hay que purgarlos de aquellas faltas en que, por falta de determinados detalles o desconocimiento de ciertos hechos en muchos casos divulgados posteriormente, o bien por dejarse llevar de sus íntimas simpatías, han caído, como cae cualquier autor, sin que nosotros llevemos nuestro atrevimiento hasta tratar de excluirmos de esa regla, por lo demás tan humana.

De las relaciones a que podemos reconocer autoridad se ve que los chorotegas y los huetares tenían una organización que podríamos llamar feudal, divididos en pequeños señoríos, los nombres de cuyos caciques aparecen en los documentos antiguos, tributarios a su vez de grandes caciques o reyes, como los de Nicoya, Garabito y Guarco. /

Junto con la caza y la pesca, los indios tenían una limitada agricultura (maíz, cacao, algodón y ciertas frutas) para su sustento; vestían telas de algodón o de determinadas fibras. Gustaban de los objetos de oro, y de las perlas aquellos que vivían en el litoral del Golfo de Nicoya. Sus armas eran las comunes a los indígenas americanos: lanzas, flechas y mazas. Hacíanse la guerra, a menudo para procurarse prisioneros para los sacrificios religiosos, y los chorotegas y nahoas comían carne humana. / Todos los aborígenes de Costa Rica, dice el señor Fer-



nández Guardia (13) tenían una organización social parecida. Dividíanse en dos castas: nobles y siervos, ambas de carácter hereditario. La sumisión a los caciques y la obediencia al jefe de la familia eran la base del orden social. Los sacerdotes formaban una clase privilegiada y eran al mismo tiempo médicos, adivinos y hechiceros. Algunas tribus, como la de los cabécares de Talamanca, ejercían la supremacía religiosa, saliendo de su seno el gran sacerdote. El cacicazgo se transmitía generalmente por las mujeres, como todavía sucede en Talamanca. Las ocupaciones ordinarias de los hombres eran la guerra, la caza, la pesca, la agricultura y las artes industriales: las mujeres se dedicaban a los oficios domésticos y a veces al cultivo de la tierra y al hilado y tejido del algodón. Por lo general eran limpios y todos solían bañarse varias veces al día. Aunque muy sumisos a la autoridad de sus superiores, amaban mucho la libertad. La astucia, el disimulo, la desconfianza, eran rasgos salientes de su carácter. Crueles e implacables con el adversario, su resignación era estoica en la desgracia. El sentimiento de la propiedad tenía en ellos poco arraigo, y entre los individuos de una misma familia o tribu reinaba un comunismo fraternal».

(13) R. FERNÁNDEZ GUARDIA: *Historia de C. Rica: El Descubrimiento y la Conquista*, pág. 17.



DISTRIBUCION GEOGRAFICA

Veamos ahora la distribución geográfica de los habitantes precolumbinos de Costa Rica:

Cinco eran los grupos raciales que formaban los habitantes precolumbinos de Costa Rica: Chorotegas y Nahoas o Nahuas, venidos del norte; Corobicíes, cuya procedencia no se ha establecido; Caribes (divididos en dos sub-grupos, Huetares y Viceítas); y Borucas o Brunças, de origen suramericano. (\*)

Acerca de su número, se ha aceptado generalmente el cálculo hecho por el Obispo DR. THIEL (14), de 27,200, distribuidos así:

1.—CHOROTEGAS:

|   |        |        |
|---|--------|--------|
| En Nicoya y las islas del Golfo.....                              | 12.000 |        |
| En Chomes, Orotina y Churuteca, hasta la punta de Herradura ..... | 1.200  |        |
|   | <hr/>  |        |
| Total.....  |        | 13.200 |

2.—NAHOAS:

|  |       |       |
|--|-------|-------|
| Corobicíes, entre Tenorio y Curubici ..... | 600   |       |
| En las llanuras de Santa Clara.....        | 200   |       |
| En Chicagua de los Mexicanos.....          | 200   | ✓     |
|  | <hr/> |       |
| Total.....                                 |       | 1.000 |

3.—CARIBES:

|  |       |       |
|--|-------|-------|
| Güetares o Huetares, en las provincias de San José, Heredia y Alajuela ..... | 1.700 |       |
| En la provincia de Cartago .....   | 1.800 |       |
|  | <hr/> |       |
| Total.....   |       | 3.500 |

|  |       |       |
|--|-------|-------|
| Viceítas o Talamancas en Limón, Chirripó, Estrella y Sixaola.....  | 2.900 |       |
| Terbis en el río Terbi e isla de Tójar.....                        | 1.300 |       |
| Chánguenes en el río de su nombre y orillas de Bocas del Toro..... | 2.000 |       |
| Guaymies.....  | 2.000 |       |
|  | <hr/> |       |
| Total Caribes en la provincia de Limón..                           |       | 8.200 |

4.—BORUCAS, COTOS Y QUEPOS..... 1.000

5.—BOTOS O VOTOS..... 300

Total población de Costa Rica en 1522.. 27.200

(\*) Acerca de los Guatusos, véase indicación más adelante.

(14) B. A. THIEL, Obispo de C. R.: *Monografía de la población de Costa Rica en el siglo XIX.*



Debe tenerse presente, al estudiarse esta distribución, que ella necesita reparos en cuanto al aspecto racial, que abarca territorios que hoy no forman parte de la república, como los de Bocas del Toro y los regados por los ríos al sur del Sixaola, que es la actual frontera. Pero aun sin esta limitación, la cifra citada resulta bastante pequeña para un país de las proporciones del nuestro, y ello, así como las enfermedades, las emigraciones a sitios alejados de todo contacto civilizado y las constantes luchas entre las tribus, explican la casi total desaparición de los indios en Costa Rica.

La despoblación, en cuanto a ellos, se efectuó tan rápidamente que de Nicoya—que en la época del Descubrimiento era al parecer el principal y más adelantado centro—decía en un informe fechado en 1765 don MARTÍN DÍAZ DE CORCUERA (15) que «sólo consta de un pueblo y éste muy deteriorado, que sólo tendrá de cincuenta a sesenta familias de indios y otras tantas de mulatos y mestizos».

El Dr. THIEL, en su interesante estudio antes citado, analiza con alguna amplitud las causas de la disminución de la raza indígena en Costa Rica, dando como principales las siguientes razones: 1.º Las guerras entre las tribus. En 1563 decía Vázquez de Coronado que de seis mil chorotegas de Churuteca y Orotina sólo quedaban veintiséis por sus guerras con los Huetares. 2.º Los sacrificios humanos. La guerra tenía por objeto, como en el resto del continente, la captura de enemigos para ser sacrificados a los dioses. 3.º Las invasiones de los zambos mosquitos y de piratas europeos, que diezmaron a la población indígena de la costa atlántica. 4.º Las pestes y enfermedades. 5.º La esterilidad tan pronunciada de las parejas indígenas. En un censo levantado en 1713 y 1714 el Gobernador Lacayo de Briones indica que el 31.4% de ellas carecían de hijos, que el 17.4% sólo tenían uno, el 22.7% tenían dos, el 15.6% tres, el 7.2% cuatro y apenas el 5.7% cinco o más. «Naturalmente, dice el distinguido prelado, tiene que desaparecer de la faz de la tierra todo pueblo que en lugar de aumentarse por el matrimonio, disminuye progresivamente en proporciones tan excesivas como las que el cuadro anterior pone de manifiesto». Tal ha ocurrido, pues, entre nosotros, ya que apenas puede hablarse de la existencia de indios en nuestro país.

Acerca de su número en la época del Descubrimiento, cabe recordar que Juan Dávila, encomendero de Masaya y explorador del Desaguadero, en carta dirigida a Felipe II en 1566, dice que aún cuando Juan Vázquez de Coronado le aseguró que había en Costa Rica treinta mil indios, y cuarenta mil en las regiones cuyas aguas caen al mar del

(15) Documentos de don LEÓN FERNÁNDEZ, tomo X, pág. 9.



Norte, «en la provincia que llamamos Costarrica abrá en toda ella cinco mill yndios, y aguas vertientes a la Mar del Norte en todo lo que Juan Vázquez anduvo, no hay pasados de dos mill» (16).

El señor PERALTA (17), tras de indicar las provincias en que se distribuían los Chorotegas, hace la siguiente anotación sobre las naciones aborígenes costarricenses:

«Los Nahoas, cuyas colonias más importantes dominaban el istmo de Rivas entre el lago de Nicaragua y el Pacífico, hablaban el mexicano o *nahuatl*. Una colonia mexicana existía también en el valle del Tilorio, (valle del Duy o Mexicanos), hacia la bahía del Almirante, y poblaba la isla de Tójar (o Zorobaró), hoy de Colón, y los pueblos de Chicaua y Moyaua, Quequexque y Corotapa en la tierra firme, siendo éste el extremo oriental de Costa Rica y de la América Central adonde llegaron, o se ha comprobado la presencia de los Nahuas.

Entre el lago de Nicaragua y el golfo de Nicoya, al este del volcán de Orosi y del río Tempisque, en las inmediaciones del 85° meridiano occidental de Greenwich, habitaba la misteriosa nación de los Corobíes o Corbesíes, progenitores de los actuales Guatusos. Al este de dicho meridiano estaban los Votos, ocupantes de las márgenes meridionales del río San Juan hasta el valle de Sarapiquí.

Al este del Sarapiquí, y desde las bocas del San Juan sobre el Atlántico, hasta la boca del río Matina, estaba la importante provincia güetar de Suerre, que se internaba hasta Turrialba y Atirro por los valles inferiores del Reventazón y del río Suerre o Pacuar.

Entre el río Matina y el río Tarire o Sixaola estaban las provincias de Pococi y de los Tariacas. Al este del Tarire hasta la bahía del Almirante habitaban los Viceítas, Cabécarea y Térrabas (térrebes, terbis o tiribíes). Sobre la bahía del Almirante, hacia la punta Sorobeta o Terbí, existía la colonia Chichimeca, ya citada, cuyo cacique Ixtolin se entendió en lengua mexicana con Juan Vázquez de Coronado en 1564.

Los Chánguenes ocupaban los montes hacia las cabeceras del río Róvalo.

Los Doraces, al sur de la laguna de Chiriquí y al pie de la cordillera, lindaban por el valle del río Cricamola o Guaymí con la belicosa nación de este nombre.

Los Guaymíes habitaban las costas y tierras adentro situadas entre el río Guaymí y la Concepción de Veragua.

Enfrente del valle del Guaymí está la isla del Escudo, límite jurisdiccional de Costa Rica, de modo que los Guaymíes estaban distribuídos casi por partes iguales entre las jurisdicciones de Costa Rica y Veragua.

(16) MANUEL M. DE PERALTA: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*. Pág. 395 y sig.

(17) MANUEL M. DE PERALTA: *Etnografía Centroamericana.—Apuntes para un libro sobre los aborígenes de Costa Rica*. Madrid, 1893, págs. VII y siguientes.



Al interior, en las altiplanicies de Cartago, ocupaban las cabeceras de las vertientes del Atlántico y del Pacífico las provincias del Guarco, Toyopan y Aserrí; más al oeste, hacia el golfo de Nicoya, Pacaca, Garabito y Chomes, colindantes por los montes de la Herradura y Tilarán con los Chorotegas. Estas provincias formaban el territorio de los Güetares, o Güetares (*uei tlalli* en nahuatl, tierra grande), nombre genérico que abrazaba diversas tribus o señoríos de la misma lengua, enteramente distinta de la de sus vecinos los Mangués y los Nahóas, de quienes eran enemigos, aunque tenían frecuente comercio con ellos. El Guarco, considerado por los indígenas y por los españoles como el mejor lugar del país, era el principal asiento de los Güetares y aquí establecieron los españoles la capital de Costa Rica en 1563. Guarco viene del nahuatl *Quálcán*, (de *qualti*, bueno, conveniente, y *can*, sufijo que indica lugar, tiempo y parte). *Qualcan* o Guarco, lugar bueno, o según dice el Padre Alonso de Molina, «lugar abrigado y decente», como lo es, en efecto, el valle de Cartago.

Al sudeste de Chorotega y de los montes de la Herradura y al sur de los Güetares, se extendía sobre el Océano Pacífico, entre los ríos Pirris y Grande de Térraba, la provincia de los Quepos, de la que el gobierno español formó el corregimiento de Quepo, cuyo límite extremo hacia el sudoeste llegó a ser el río Chiriquí viejo. Los Quepos pertenecían, según las más probables conjeturas, a la familia de los Güetares, y habitaban de preferencia las costas. Colindantes de los Quepos, los Cotos o Coctos, ocupaban el valle superior del río Térraba (antiguo río Coto). Estos indígenas ya no se conocen en Costa Rica con este nombre, pero es indudable que los Borucas o Bruncas son sus descendientes. Estos Borucas ocupaban la región del Golfo Dulce, antiguo Golfo de Osa, al este del río Térraba, y se les ha llamado Buricas, Burucas, o Bruncas, y han dado nombre a la provincia de Burica, descubierta por el Licenciado Espinosa en el primer viaje de exploración que por esta costa emprendieron los españoles en 1519, y a la punta Burica, extremo meridional de Costa Rica, sobre el 8° de latitud norte.

Los Térrabas, que han dado su nombre al antiguo río Coto, no pertenecen por su extracción a las vertientes del Pacífico. Fueron traídos al asiento que hoy ocupan en la aldea de Térraba, en parte por la persuasión de los misioneros, en parte por la fuerza, obligándoles a abandonar sus ásperas montañas del norte, hacia las cabeceras del Tilorio o río de la Estrella, del Yurquín y del Róvalo, por los años de 1697. Se les ha llamado indistintamente Terbis, Térrebes, Térrabas y aún Tiribíes, y no existe entre los Térrabas actuales y sus congéneres del norte ninguna diferencia sustancial: la lengua es la misma, sin más modificaciones que las que son características de todo idioma, según el medio ambiente.



»Nahoas (Aztecas) y Mangues (Chorotégas), Güetares, Viceítas, Térrabas, Chánguenes, Guaymíes, Quepos, Cotos y Borucas: tales eran los principales pueblos que ocupaban el territorio de Costa Rica al tiempo de la conquista».

✱ En resumen, y siguiendo al erudito señor Fernández Guardia en su obra sobre *El Descubrimiento y la Conquista*, podemos tener por establecido lo siguiente acerca de la distribución de los indios de Costa Rica a la llegada de los españoles:

- Los Corobicíes, cuya identidad parece ser la más difícil de señalar, habitaban al norte del país: los corobicíes propiamente dichos entre los ríos Tenorio y Corobicí; los votos, su otra rama, al norte de la Cordillera Central y al este de la de Guanacaste, desde el volcán de Poás al de Orosi, extendiéndose hasta la margen derecha del río San Juan y la izquierda del San Carlos.

- Los Borucas o Bruncas ocupaban las vertientes del Pacífico, extendiéndose por las llanuras de Térraba y Boruca hasta Chiriquí.

☉ Los Chorotegas habitaban la península de Nicoya, la mayor parte de las islas del golfo de ese nombre y las márgenes del mismo hasta la punta de Herradura.

- Los Nahoas tenían en Costa Rica dos colonias, una al noroeste del país, en Bagaces, Guanacaste, y la otra en el valle de Coaza, entre los ríos Sixaola y Changuinola, así como la isla Tójar o Colón en la bahía de Almirante, que actualmente pertenece a Panamá. En esta segunda colonia se cree que habían individuos de varias razas mexicanas.

- Los Caribes, divididos en Huetares y Viceítas, ocupaban la mayor y mejor parte del territorio costarricense, y formaban dos naciones, que los historiadores han llamado reinos huetares de Oriente y Occidente. El primero empezaba en el río Virilla y se extendía hasta Tilarán y la Herradura, al noroeste y suroeste del país, respectivamente; el segundo se extendía del Virilla hacia el Atlántico y desde cerca del río San Juan en el norte hasta Chirripó hacia el sureste.





CULTURA CHOROTEGA

Vaso piriforme policromo. Jaguar y jaguar al dorso del vaso.

Colección del Museo Nacional (No. 14510).



## LOS CHOROTEGAS

Los Chorotegas eran, entre los habitantes de la Costa Rica precolumbina, no sólo los más numerosos sino también los más adelantados, a juzgar por los testimonios que nos han dejado los cronistas españoles, y por esos otros, aún más fehacientes, de su cerámica, su organización social, sus ideas religiosas, su agricultura, etc., que señalan en ellos una cultura bastante apreciable.

Aun cuando se ha convenido en que llegaron a este territorio provenientes del norte, no se conoce exactamente su procedencia. «El Chorotega, el pueblo más numeroso de esta región, dice LOHTROP, era de origen desconocido, pero según la tradición habitaban esta tierra desde hacía largo tiempo». Y el mismo autor señala que «parecen haber entrado en contacto con los mayas antes o al principio del Viejo Imperio (siglos tercero a séptimo de la Era Cristiana, pues vése la influencia maya en la cerámica de la época, en la cual son temas principales la serpiente con plumas, el dragón bicéfalo, el mono y la figura humana sentada». Aceptando esta teoría, vemos que padeció error el señor THIEL al apuntar que los chorotegas vinieron del norte, «probablemente unos doscientos años antes de la Conquista».\*

AYÓN (18) dice que «los Chorotegas descendían de algunas de las más antiguas razas del continente», y les da un origen chiapaneca, al manifestar que: «pasaron por Guatemallan (los mames, habitantes de Soconusco y Chiapas) y vinieron cien leguas adelante hasta llegar a la provincia de Choluteca o Chorotega, de donde les vino la denominación de Cholutecanos o Choroteganos con que fueron conocidos». Sobre esta confusión de nombres ha hecho la necesaria aclaración el erudito autor de *Pottery of Costa Rica and Nicaragua* (tomo I, pág. 20 y sig.). BRINTON, dice, consideró que la palabra *Chorotega* era una corrupción española de *Chololteca*, que él derivó de la voz azteca *cholotia*, que significa «hacer huir» o «expulsar», indicando que era muy posible que los mexicanos aplicaran tal nombre a los pueblos cuyos territorios ellos conquistaban. Pero el hecho de que los nombres de las lenguas locales hayan persistido desde los tiempos de la expedición de GIL GONZÁLEZ DÁVILA, y de que en muchas ocasiones esos nombres fueron los de los caciques primeramente encontrados por los españoles, quita valor a aquella hipótesis y hace más verosímil la de que ocurrió en el caso de los Chorotegas lo mismo que en el de los Huetares, Corobicíes, Nicaraguas, etc., es decir, la aplicación del nombre del jefe de una tribu o de un grupo de tribus a éstas.

(18) TOMÁS AYÓN: *Historia de Nicaragua*, 1882, pág. 5.



GÁMEZ (19) identifica a los Chorotegas con los toltecas que por causa de las grandes sequías emigraron en el siglo XI de la Era Cristiana a Centro América, lo cual parece ser un error, pues como se ha visto hay indicios fundados para creer que se habían establecido en nuestro territorio desde épocas anteriores.

El señor LINES (20) nos indica que «los chorotegas son considerados de ascendencia otomi-tlapaneca», agregando que «sin embargo, su artística cerámica muestra una más estrecha relación a los mayas». En cuanto a su lengua, los informes de los primeros cronistas indican que la lengua chorotega era «la natural y antigua» de Nicaragua, y su estrecha afinidad con algunos dialectos del Sur de México (en los actuales estados de Guerrero, Oaxaca y Chiapas), así como su existencia en Honduras, puede tomarse como prueba del origen nórdico de este pueblo. (Anotemos de paso que REMESAL supuso, invirtiendo los términos, que los Chiapanecas eran originarios de Nicaragua).

«La familia lingüística chorotega—dice LOHTROP (21)—tiene una distribución extremadamente amplia. Se la encuentra en dos grupos principales: uno en el noroeste de Costa Rica, oeste de Nicaragua y sur de Honduras, y el otro en el sur de México, en los Estados de Guerrero, Oaxaca y Chiapas. El grupo del sur ha sido reconocido desde el tiempo de la conquista; el del norte ha sido señalado como resultado de los estudios lingüísticos modernos. Las evidencias arqueológicas indican que los Chorotegas vivieron alguna vez entre estos dos grupos en el norte y occidente de Honduras (especialmente las estatuas de piedra encontradas en el valle de Ulua, Copán, etc.)». El mismo autor cita los trabajos que en ese sentido ha realizado LEHMANN, quien ha reunido en un solo grupo con la chorotega las lenguas otomi, mazahua, pirinda, trique, popoloca de Puebla, choco de Oaxaca, mazateca, ixcateca y chiapaneca. Agrega que los chorotegas ocupaban el límite sur del área maya, antes de la misma ocupación de esta raza, es decir, hace unos dos mil años. La identificación de las épocas es posible por la de los estilos artísticos, como ya indicamos, lo cual da excepcional importancia a las investigaciones arqueológicas de esa zona. El hecho de que los vasos cilíndricos característicos de la alfarería maya se encuentren en las huacas de Boruca y Chiriquí permiten creer que puede señalarse esa región como el límite a que alcanzó, por el sur, la influencia de esa raza.

La distribución de los grupos que se ha convenido en clasificar como chorotegas, tal como la recoge LOHTROP, es la siguiente:

(19) J. D. GÁMEZ: *Historia de Nicaragua*, pág. 26.

(20) JORGE A. LINES: *Notes on the archaeology of Costa Rica*.

(21) Obra cit., págs. 21 y sig.



A.—*Choluteca*: vivían en lo que es hoy el Departamento de Choluteca (Honduras), en la costa de la Bahía de Fonseca, extendiéndose hasta San Miguel (El Salvador). En antiguos mapas dicha bahía es llamada «Golfo de Chorotega».

B.—*Mangue*: ocupaban las llanuras de León y Masaya, en Nicaragua. Muchos de sus pueblos son hoy ciudades principales, como Managua, Masaya, Diriamba, etc.

C.—*Orotina*: ocupaban la península de Nicoya y la costa oriental del golfo de este nombre, separados por los Corobicies. Entre sus caciques figuraban Chorotega y Gurutina, cuyos nombres fueron aplicados a este grupo.

D.—*Chapaneca*: habitaban en Chiapas, y según REMESAL, como hemos visto, eran originarios de Nicaragua, afirmación que tuvo su base en alguna remota invasión a este territorio. Sus antiguas tradiciones aseguraban que procedían de Soconusco, y que habiéndose dividido en dos grupos, uno fué a colonizar Chiapas y el otro Nicaragua.

E.—*Mazateca*: Como hace presente LOHTROP, la relación de este grupo con los chorotegas fué primeramente establecida por BRINTON en 1892. Su estudio indica que su dialecto es una mezcla de Chiapaneca y Talamanca, y BRINTON considera que los Mazatecas eran de raíz Chorotega, con parte de sangre Chibcha. Tal cruzamiento, se indica, pudo ocurrir en Nicaragua, en donde Mangues y Corobicies vivían en las opuestas riberas del Gran Lago, o en Costa Rica, en donde los chorotegas estaban divididos por una zona ocupada por los corobicies, y limitados, al sur y al este, por los huetares.

«Los Chorotegas, dice don MANUEL MARÍA DE PERALTA (22) hablaban la lengua de este nombre o mangue, rama, si no tronco y origen, del Chiapaneca, y se extendían por Nicaragua a orillas de los lagos, y por Nequepio, sobre el Golfo de Fonseca o de Chorotega Malalacá, en lo que hoy forma el departamento de Choluteca (Honduras) y parte del de San Miguel (El Salvador), hasta Chiapas, en cuya región montañosa tenían el importante asiento de Acalá. Entre Chiapas, que podríamos llamar *Chorotega-Acalá*, y Nequepio o Chorotega Malalacá, intervenían las colonias o provincias nahoas, cachiqueles, popolucas y pipiles de Guatemala y El Salvador, como entre Nequepio y Managua intervenían los Maribios y Matiares, y entre Masaya y Nicoya las colonias nahoas de Nicaragua, ya aisladas y dominadoras del suelo como en Rivas, ya yuxtapuestas o mezcladas con los Chorotegas, como en la Península de Nicoya. Entre los Chorotegas de la península y los de la costa oriental del golfo, esto es, entre Nicoya y Orotina, estaban los Corobicies, pero gracias a la facilidad de comunicaciones por mar, los Chorotegas de ambas costas tenían trato frecuente. Geográficamente formaban los Chorotegas cinco provincias.

(22) MANUEL M. DE PERALTA: *Etnografía Centroamericana. Aborígenes de Costa Rica*. Madrid, 1893, págs. 8 y sig.



Primera: Chorotega *la Vieja*, su antiguo asiento, y Orotina, en la costa oriental del golfo de Orotina o Nicoya, entre el puerto de la Herradura y el río Avangares. Entre el río Avangares y el Zapandí o Tempisque intervenían los Corobicies. Segunda: Nicoya, la península de este nombre y su prolongación hasta el lago de Nicaragua, comprendiendo los pueblos o señoríos de Zapandí, Nacaome, Paro, Cangen, Nicopasaya, Pocosi, Diríá, Papagayo, Namiapi, Orosi. Tercera: Managua o Mangua (país de los Mangues) llamado en lengua nahuatl *Xolotlán*, comprendiendo los pueblos de Masaya, Nindirí, Diríá, Diríomo, Diríamba, Mombacho, Ni-quinohomo y Nandaime. Cuarta: Nequepio o Chorotega-Malalacá, Nacaome, Goascorán, Namasique, Orocuina. Quinta: Chiapas o Chorotega-Acalá, Chiapa, Acalá, Suchiapa, Copainalá».

GAGINI (23) estima probable que los chorotegas se extendieran por el interior del país y aun llegaran hasta el litoral Atlántico, basándose en la identidad de algunos nombres geográficos del Guanacaste con los de esa zona. Tal identidad no puede tomarse sin embargo como prueba concluyente, como tampoco la semejanza de algunos motivos de ornamentación en la cerámica, que deben atribuirse a la influencia del tráfico comercial, mientras no se tengan otras razones de mayor peso para suponer lo contrario. LOHTROP ha hecho notar que en Las Mercedes (Guápiles) se encuentran a menudo piezas pertenecientes a la alfarería Luna, es decir, procedentes de la isla de Ometepe, en el lago de Nicaragua, detalle que revela que existió en la época precolombina una corriente de intercambio comercial entre los habitantes del actual cantón de Pococi y los de las islas y riberas del lago de Nicaragua, aprovechándose para ello las vías fluviales, en forma semejante a la que hoy recomiendan los técnicos que han estudiado las rutas proyectadas, como la referente al ferrocarril a Río Frío.

SPINDEN (24) indica que «como una consecuencia de la caída del imperio tolteca en el año o alrededor de 1220 de la era cristiana, tuvieron lugar importantes desplazamientos de población en la América Central. Tribus del sur, del tipo cultural al cual he aplicado el término nicaragüense de Chorotegas, avanzaron hacia el norte por grados, siendo reemplazadas en el oeste por una contracorriente y a lo largo de la costa oriental centroamericana por intrusos de Sur América». El mismo autor recuerda, con BRINTON, que dicho nombre es una variación dialéctica de una palabra azteca significativa de «pueblo expulsado», referente especialmente a aquellos desplazados por los mexicanos invasores, y que los Mangues y Orotifias, pertenecientes al grupo chiapaneca, citaban la costa de Chiapas en el Pacífico como lugar de su residencia anterior.

(23) Obra cit., pág. 75.

(24) H. J. SPINDEN: *Origin of Civilizations in Central America and Mexico*.



LOTHROP, al tratar de la inter-relación entre las Américas del Centro y del Sur, señala a los Chorotegas como los posibles propagadores de una alta cultura. «Las tribus chorotegas, dice (25), deben ser consideradas también como posibles propagadores de cultura, porque, como hemos demostrado, la suya bordea a la Maya a lo largo de la frontera sur de ésta. Los Chorotegas, al parecer, se extendieron al este hacia Honduras y al sur a Nicaragua cuando los Mayas ocuparon Copán. Algunos grupos pudieron haber penetrado en Sur América en los principios de la era cristiana, llevando con ellos las características (culturales) centroamericanas».

Esta apreciación es muy interesante, porque señala una de las claves que pueden llegar a servir para resolver algunos de los múltiples problemas que presentan las afinidades artísticas y sociales de grupos étnicos al parecer totalmente separados. Indicación parecida hace el estudioso señor Povedano en su interesante trabajo sobre las *Primeras razas que poblaron el Continente Americano, y su edad* (26), a quien pertenecen estas palabras: «Los Mayas también fueron una rama del tronco tolteca, lo que se comprueba porque en todas sus tradiciones predominan leyendas iguales a las de ellos. Una de las más antiguas ciudades mayas es la de Petén. Cuando llegaron al máximo de su poderío se extendieron hasta Honduras, donde fundaron la ciudad llamada Cholulteca; invadieron después El Salvador, se corrieron hasta el sur de Nicaragua y por último invadieron la península de Nicoya, en Costa Rica, en cuya región se establecieron con el nombre de chorotegas. Esta rama de origen tolteca-mayoide, combinada con elementos aborígenes de este país, fué elevándose en cultura hasta formar una brillante civilización propia que podemos llamar nicoyoide, la que al llegar a su clímax se expansionó hacia el sur invadiendo parte del Ecuador y las costas del Perú, llevando a esas regiones su brillante civilización, donde aún perdura la muestra de su paso marcada en su alfarería de características totonaca-chorotega».

BANCROFT, que en la obra indicada hace tan minucioso estudio de los aborígenes norteamericanos, incluyendo a los que poblaron el istmo, refiriéndose a las costumbres de las tribus dice que «como muchas naciones del grupo hiperbóreo, los Chorotegas de Nicoya se abrían el labio inferior y se insertaban así un pedazo redondo de hueso». Este autor clasifica como grupo hiperbóreo a las naciones de indios que habitaban al norte del paralelo 55.

En su obra sobre las excavaciones de Coclé (*Coclé, an archaeological study of Central Panamá*) publicada en 1937, el Dr. LOTHROP repro-

(25) Obra cit., pág. 416.

(26) DIEGO POVEDANO: *Primeras razas que poblaron el Continente Americano, y su edad*. Revista *Hispania*, No. 6.





CULTURA CHOROTEGA

Colgante de jade. Cabeza humana.

Colección del Museo Nacional (No. 3443).



duce la información de PASCUAL DE ANDAGOYA, quien escribiendo en el año 1514 dice que dos años antes «un gran ejército de gentes procedentes de la dirección de Nicaragua llegó a los territorios de Parita o Paris» (Panamá). Eran indios muy fieros y antropófagos, que tras sangrientas luchas fueron muertos por los nativos, y LOTHROP cree que se trataba de una invasión de chorotegas.

Los datos que anteceden, suministrados por fuentes autorizadas, ponen de manifiesto que los chorotegas formaban uno de los grupos aborígenes más importantes del sur de Centro América. Diversos autores han dejado constancia de su relativa cultura, puesta de relieve por su organización social, tal como se desprende, especialmente, de la narración de Fernández de Oviedo. Las investigaciones arqueológicas modernas han venido a confirmar las conclusiones inferidas de esta lectura, pues tanto por las formas materiales como por los motivos de la ornamentación aplicada a la alfarería, puede el investigador deducir el desarrollo social e intelectual de aquel pueblo, que sin llegar a la altura de los mayas, los aztecas y los incas, alcanzó, sin embargo, un grado bastante alto. Los españoles mismos dejaron testimonio de su sorpresa por la agudeza con que muchos de los caciques abordaron los temas abstrusos que debatían con ellos los conquistadores y misioneros. Poseían una moneda (el cacao) y hasta sabían falsificarla. Tenían juegos ingeniosos y artísticos. Ejercían el comercio y la agricultura. FERNÁNDEZ DE OVIEDO asegura que, por lo menos en Nicaragua, poseían libros de piel de venado. «Apreciaban el oro, así como las perlas». Sobre el uso de éstas dice FRAY AGUSTÍN DE ZEVALLOS en su «Memorial para el Rey Nuestro Señor de la descripción y calidades de la provincia de Costa Rica, año de 1610»: X

«Y en la costa del sur, desde la baiya de la Caldera y Cabo Blanco hasta la punta de Santa Catalina, que corre hacia la costa de Nicaragua por distancia de más de cuarenta leguas, ay grandísima suma de perlas y muy finas, y é visto muchas y de gran valor entre los yndios de Nicoya que acuden a hazer sal por esta costa; e yo mismo e hecho la esperiencia y sacadolas por mis propias manos» (27).

Su religión, como indica LOTHROP, parecía tener como principales dioses el sol y la luna, con sacrificios humanos a semejanza de los mexicanos. Es indudable que en esta materia el trato comercial y las expediciones guerreras habían originado un intercambio de ideas y de supersticiones que explica la extensión de ciertos mitos y creencias que, como en el caso del dragón alado o serpiente con plumas (que en ocasiones se transforma en jaguar) se encuentran ampliamente difundidos por el continente. Algunos de estos mitos parecen tener, para investigadores pa-

(27) LEÓN FERNÁNDEZ: *Documentos*, tomo V, págs. 156 y siguientes.



cientes, orígenes que denotan alto desarrollo intelectual y espiritual. Tal ocurre, por ejemplo, con el de los «Desollados». Es sabido que una partida de guerreros indios que se enfrentaban al capitán Francisco Fernández, lugarteniente de Pedrarias, para inspirar terror a los españoles se cubrieron con las pieles de otros indios a quienes dieran muerte para desollarlos con tal propósito. Y la señora NUTTALL (28) nos recuerda que, «en la fiesta anual de Tlacaxipehualiztli, Huitzilopochtli vence a un enemigo, cuya piel se viste, rito que simbolizaba, para los antiguos mexicanos, un renacimiento». (Huitzilopochtli era el emblema del principio masculino, de la región superior).

● A falta de documentos, de ruinas de templos o monumentos y aun de tradiciones, la cerámica nos ofrece hoy los únicos indicios para conocer las creencias religiosas de los chorotegas, trabajo que no se ha realizado todavía en una forma metódica y científica. Los ídolos, los dibujos y relieves de su alfarería esperan la interpretación que descifre su significado y permita así aquilatar en su verdadero valor la mentalidad de estos indios, reflejada en sus concepciones religiosas. Este conocimiento, naturalmente, permitirá a su vez establecer con mayor acierto las relaciones etnográficas de este pueblo, y es de esperar que tan importante estudio no sea retardado más.

Si aceptamos lo que indica una autoridad tan competente como el Dr. LOTHROP, vemos que los chorotegas ocupaban el límite sur de la zona maya desde hace quizá dos mil años, y que fueron influenciados por sus orientaciones artísticas en la época en que floreció el llamado Viejo Imperio, es decir, entre los siglos tercero a sétimo de la era cristiana, como lo atestiguan algunas de las más interesantes piezas de su cerámica. Una prueba del intercambio que desde entonces se estableció entre los dos pueblos ha sido aducida en el hallazgo de idolillos de oro, de típica manufactura aborígen costarricense, en territorios ocupados por los mayas. Al respecto dice TOZZER (29): «Idolillos de oro, manifiestamente hechos en Colombia, Nicaragua y Costa Rica, y encontrados posteriormente en depósitos mayas, ayudan para la elucidación de una cronología relativa. En los primitivos sitios mayas nunca se han encontrado objetos de metal de ninguna especie, lo que prueba muy claramente que el conocimiento de la metalurgia llegó desde el sur en un período posterior. Estas piezas aisladas muestran también la gran importancia de las relaciones comerciales de los tiempos primitivos, desplegándose en este caso desde la Colombia meridional hasta el norte de Nuevo México, una distancia como de treinta grados de latitud o sea aproximadamente tres mil millas».

(28) ZELIA NUTTALL: *The Fundamental Principles of Old and New World Civilizations*. (Arch. and etnological papers of the Peabody Museum).

(29) A. M. TOZZER: *Aspectos cronológicos de la arqueología americana*. (Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Tomo XII, pág. 586).



Como el ilustre autor de *Pottery of Costa Rica and Nicaragua* lo indica, la influencia maya resalta en las estatuas de piedra y en ciertos motivos decorativos, los principales de los cuales son la serpiente con plumas, el dragón bicéfalo, la figura humana sentada y el mono, que abundan en la cerámica nicoyana. Estos motivos tienen grande importancia porque están íntimamente ligados con las ideas religiosas de los pueblos primitivos, y la amplitud de su propagación puede servir también de índice para llegar a establecer el radio de acción de determinadas concepciones y mitos. En relación con lo anterior, es interesante recordar que la señora NUTTALL (30) atribuyó precisamente a los mayas el origen del de la serpiente.

Aun cuando esos motivos fueron utilizados también por los aborígenes suramericanos, es notoria su transformación conforme se avanza hacia el sur, hasta perder por completo las características que los definen en México y Centro América, suplantando al simbolismo de la serpiente el del jaguar, representación del dios Wira-Kocha, cuyo culto, al decir del Dr. TELLO, sobrevivió a la Conquista.

Viracocha o Biracocha correspondía entre los chibchas a la denominación sagrada del arco iris. Actualmente encontramos el nombre *Viracachá* en un municipio del Departamento colombiano de Boyacá, al norte del territorio ocupado por el gran núcleo chibcha.

Creemos que bien puede asegurarse que en Costa Rica se marca tal división, y, más aún, que aquí mismo ésta se establece entre la zona del noroeste, ocupada por los chorotegas, y el resto del país, como puede verse claramente en la obra del Dr. LOTHROP.

(30) Obra cit., pág. 69.



## LOS NAHOAS

\*«Anahuac, la gran altiplanicie del México central, dice LOTHROP, ha sido, de acuerdo con las tradiciones aborígenes, dos veces el centro de dispersiones culturales y étnicas en los siglos que precedieron a la conquista española. La primera ocurrió tras la caída del régimen tolteca en el siglo décimo segundo de la era cristiana, habiendo tenido lugar una gran emigración de tribus hacia el este y el sur. A esta emigración pueden achacarse la mayoría de los establecimientos nahoas en la América Central. El segundo movimiento fué causado por la ascendencia azteca, porque bajo el gobierno de sus poderosos jefes las expediciones comerciales y guerreras invadieron el sur hasta Panamá, llevando con ellas las costumbres y artes aztecas, pero dejando rara vez colonias permanentes. Ambas dispersiones dejaron sus huellas en la región de que tratamos (Costa Rica y suroeste de Nicaragua)».

Estas emigraciones se debieron también, a veces, a motivos religiosos, como lo señala la señora NUTTALL (31) en estas palabras: «Las antiguas crónicas nativas (mexicanas) indican que bajo la guía divina tuvieron lugar grandes migraciones de tribus dentro de este período (500 años antes a 1.200 después de Cristo), con el propósito de encontrar una localidad que reuniera ciertas condiciones ardientemente deseadas, conectadas con el culto religioso. Una cita de TORQUEMADA, que recoge BANCROFT, relata cómo el dios Huitzilopochtli llevó a los mexicanos de su país nativo hasta Anahuac. De este dios se dice que fué concebido en misteriosa forma, por una pelota hecha de plumas, que Coatllicue recogió y «escondió bajo sus nahuas o faldellín». Y el mismo autor trae otra cita, de MULLER, en que se describe una tableta del Monte Alban «que representa a una mujer dando nacimiento a una bola», lo cual alude indudablemente al mismo tema de las migraciones nahoas.

FRANTZIUS (32) indica que en el siglo décimo de nuestra era, tribus de origen tolteca emigradas de México habían llegado hasta los territorios de los chorotegas, imponiéndoles muchas de sus costumbres, y TOZZER (33) manifiesta que la gran expansión tolteca incluía prácticamente a todos los pueblos no mayas del México central y meridional, Guatemala y, prolongándose al sur, Nicaragua y Costa Rica.\*

«La filiación nahoa de las primeras tribus que poblaron el país (Gua-

(31) ZELIA NUTTALL: obra cit., pág. 43.

(32) A. VON FRANTZIUS: *Sobre los aborígenes de Costa Rica*.—*Revista de Costa Rica*, Tomo VI, pág. 225.

(33) A. M. TOZZER: *Aspectos cronológicos de la arqueología americana*.—*Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, Tomo XII, pág. 586.



temala)—dice el erudito señor VILLACORTA (34)—está claramente determinada en este párrafo al indicar que procedían de *Tulán*, lugar mítico y legendario, que juega importantísimo papel en las narraciones de idéntica procedencia. En nuestros estudios acerca del *Popol Buj* dejamos consignado que, según el historiador mexicano ALFREDO CHAVERO, intérprete de las pinturas del Código Vaticano No. 3.877, los nahoas llegaron a este continente, procedentes del Asia, según algunos, o de la *Atlántida*, según otros, unos 3.877 años antes de Jesucristo, cómputo que se acerca al comienzo de la era maya, que según estudios modernos se remonta al año 3.373 antes de la era cristiana. En el *Popol Buj* se comienza a citar a *Tulán* en la séptima tradición, versículo 51, cuando se dice: «Llegaron, pues, todas las tribus a Tulán, o sea el lugar escondido; no se podía contar la gente que llegaba, porque iba dispersa. Allí obtuvieron a sus dioses y allí se les confundió la lengua».

BANCROFT, en la interesantísima obra que hemos mencionado, estudia detalladamente el origen y cultura de los Nahoas, y hace estas observaciones, que juzgamos importante reproducir aquí:

«No debe darse mucha importancia a los nombres de Mayas o Nahuas con que señalo estas civilizaciones paralelas. Aquél es adoptado por la razón de que el pueblo y la lengua Mayas son comúnmente considerados entre los más antiguos en toda la región de Centro América, una región en donde antes floreció la civilización que dejó tan maravillosos restos en Palenque, Uxmal y Copán; el segundo como una designación más antigua que la de Azteca o Tolteca, dos conglomerados que la raza Nahua incluye. La civilización de lo que es ahora la República Mexicana, al norte de Tehuantepec, perteneció a la rama Nahua, tanto en la época de la Conquista como en el período histórico precedente. Muy pocas trazas del elemento maya se encuentra al norte de Chiapas, y éstas son principalmente lingüísticas, en dos o tres naciones de las costas del Golfo de México» (35).

Y más adelante hace la observación de que tanto los Aztecas, que se han tomado como representantes del elemento Nahua, como los demás pueblos afines a aquellos que poblaban la altiplanicie mexicana, derivaron su civilización de las fuentes nahoas. Asimismo nos recuerda cómo la lengua azteca se extendió en un radio mucho mayor que aquel sujeto al poderío mexicano, «tanto en la fase tolteca como la chichimeca o azteca de la dominación nahoa», siendo a la vez probable que exilados toltecas fueran los fundadores o directores civiles y religiosos de los mayas, suposición que es apoyada por la presencia de nombres nahuas entre los

(34) *Memorial de Tecpan, Atitlan o Anales de los Cakchiqueles*, por FRANCISCO HERNÁNDEZ ARANA y XAJILLA y FRANCISCO DÍAZ GEBUTA QUEJ, texto y traducción revisados con notas y estudios sobre la lingüística guatemalteca por J. ANTONIO VILLACORTA. Guatemala, 1936.

(35) H. H. BANCROFT: *The Native Races of the Pacific States of North America*, tomo II, Capítulo II, págs. 81 y sig.



reyes y sacerdotes mayas, y de elementos nahoas en la religión yucateca, observaciones que pueden aplicarse también a Centro América, aún cuando reconoce que los mayas son anteriores a los nahoas. Y aún cuando se acepta que tanto los toltecas, que en el siglo sexto de la era cristiana aparecen en la altiplanicie de México, de la cual fueron lanzados y dispersados en el décimo primero, como los chichimecas, que les sucedieron, y los aztecas, que sobrepasaron a éstos, habían procedido «en inmensas hordas del lejano noroeste», BANCROFT señala que «la teoría de un origen sur de la cultura nahoa es mucho más consistente, con los hechos y la tradición, que la del citado origen noroeste que se ha aceptado más generalmente». Este origen sur, sin embargo, se refiere a las regiones de Tabasco y Chiapas, en donde se supone que existió una primitiva civilización rival de la de los mayas, punto que es de grande importancia para nosotros, ya que, como se desprende del estudio sobre los chotegas, éstos parecen remontar sus raíces raciales a los mismos pueblos chiapanecas.

Cabe agregar que, para BANCROFT, «el fenómeno de la civilización en Norte América puede ser derivado con tolerable consistencia del roce y mezcla de la cultura y pueblo mayas con el elemento nahoa del norte, siendo improbable que uno fuera el ascendiente del otro, por lo menos durante el pasado tradicionalmente histórico, pues ambos parecen idénticos en su origen y primitivo desarrollo, por lo menos en lo que puede inferirse del conocimiento que acerca de esos pueblos se posee». Tesis que apoya la señora NUTTALL con estas palabras: «Es innegable que todas las evidencias se unen para probar que los antiguos pueblos del valle del Mississipi estaban en el comercio, si no mas íntimamente, conectados con un pueblo de lengua maya y cayeron bajo la influencia de las ideas y simbolismos corrientes en Yucatán» (36).

Y el mismo BANCROFT, en el tomo IV de su tantas veces citada obra (pág. 752 y siguientes) indica que «las afirmaciones acerca de huellas de los nahuas en la región del Mississipi están mejor fundadas que aquellas que se refieren a otras partes del país (Estados Unidos)», y que aun cuando hay pocas pruebas de que los *mound builders* introdujeran en el sur (de la misma nación norteamericana) la civilización nahua, y ninguna de que la migración azteca comenzara en el valle del Mississipi, él se inclina a creer que existió en realidad una conexión entre los dos pueblos, y que los *mound builders*, o aquellos que introdujeron su cultura, fueron originalmente una colonia nahua».

BRASSEUR DE BOURBOURG (37) dice acerca de los nahoas: «La incertidumbre que reina todavía sobre los orígenes de la raza tolteca (o nahua) no permite fijar de una manera absoluta la época en que ella apareció sobre

(36) Obra citada, pág. 112.

(37) *Histoire des Nations Civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*, tomo I, pág. 98.



las costas de México; todo hace pensar, empero, que fué durante los años del siglo que precedió a la era cristiana, o en los primeros del período siguiente. El nombre que hemos dado igualmente a las diversas lenguas de México y la América Central es el de *Nahuatl* que, después de haber servido para designar una raza, se restringió a la idea del hombre educado, noble, entendido en todas las ciencias y en particular en aquellas de la religión y de la magia. No tenemos necesidad de comentar la importancia de este solo hecho unido al recuerdo de esta raza ilustre». El mismo autor indica (38): «Hemos hablado suficientemente de los hechos que, al restaurar en Xibalba el trono de los Votánidas, condujeron las tribus de la raza nahua a los confines de la California en los primeros días de la era cristiana. Este gran movimiento de pueblos, a menudo confundido por los historiadores españoles con los que señalan la caída del imperio tolteca en el siglo XI, origina emigraciones no menos considerables en el Yucatán y las otras provincias de la América Central, donde dan nacimiento a estados pujantes, de los cuales hoy apenas queda un recuerdo».

El Profesor FERNÁNDEZ FERRAZ, en su obra *Nahuatlismos de Costa Rica*, recuerda la existencia de palabras de origen mexicano, en todos los países conquistados y poblados por España, inclusive las Filipinas, sin que ello pueda aceptarse empero como indicio de la dominación azteca en dichos países, puesto que es muy probable que fueran introducidas por los mismos españoles después de la conquista. En cuanto a Costa Rica dice (39): «Si es la actual Costa Rica, punto más estrecho del Istmo que enlaza ambas Américas, el nudo central de las migraciones americanas, y los Dorasques, Guaimíes y Talamancás nos llevan hacia el Sur y los Güetares y Chorotegas nos conducen al Norte, sin que deje de haber aquí representantes del Maya y de otros por el centro y noreste, natural es inducir cómo los conquistadores aztecas, a quienes los españoles hallaron establecidos en pacífica posesión del país a principios del siglo XVI, y luego los mismos conquistadores europeos, trajeran aquí lengua y civilización mexicanas. Sus tradiciones, sus fiestas, su cerámica, sus huacas y las voces numerosas de esa estirpe que en su castellano común encontramos, lo demuestran a la saciedad».

«Los nahoas o aztecas—dice el señor FERNÁNDEZ GUARDIA (40)—muy numerosos en Nicaragua, sobre todo en el istmo de Rivas, sólo tenían en Costa Rica dos pequeñas colonias, una al noroeste y otra al sureste del país. La primera estaba situada en Bagaces, Guanacaste; la segunda ocupaba el valle de Coaza entre los ríos Tarire y Tilorio, llamados también Sixaola y Changuinola, y la isla Tójar o Colón en la bahía de Almirante. Esta última colonia marca el límite extremo a que alcanzaron las expansio-

(38) Id., tomo II, pág. 2.

(39) Obra citada, pág. XI.

(40) RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA: *El Descubrimiento y la Conquista*.



nes de los mexicanos en la América Central». (El mismo autor indica que en la primera edición de su obra emitió la hipótesis de que los indios mexicanos de Coaza pudieran ser un rezago de los cuatrocientos chichimecas que llevó allí, desde Nicaragua, RODRIGO DE CONTRERAS en 1540, pero, agrega, un documento publicado posteriormente prueba que los indios establecidos en el valle mencionado, antes de esa fecha, hablaban el nahoá).

El Profesor GAGINI alude a algunas informaciones que permiten suponer que no fué la región de Almirante el «límite extremo» a que llegaron por el sur las expansiones mexicanas. Ya el inca GARCILASO, citando al Padre VARELA, indica en sus «Comentarios Reales» que la raza que introdujo el canibalismo y los sacrificios humanos en Perú procedía de México, habiendo poblado las regiones de Panamá y las grandes montañas que se extienden entre Perú y Nicaragua. La señora NUTTALL, que recoge tal cita (41), señala a su vez analogías entre el nahoá y el quechua.

En todo caso, es indudable que en Costa Rica se enlazaban las culturas mexicanas con las suramericanas, como acertadamente lo dice el Profesor ALFARO, ex-director del Museo Nacional, uno de nuestros más meritorios hombres de ciencia, en estas palabras (42):

Colocada Costa Rica en el Centro del Continente Americano, presenta para los arqueólogos el mismo gran interés que para los naturalistas, aquí la flora del Norte se confunde con la del Sur y las faunas mezclan sus especies infinitas, sin que el hombre haya podido sustraerse a esa ley ineludible de la Naturaleza, dejando, como es natural, el rastro de unión de la cultura mexicana o Nahuá con la del norte de Colombia».

En parecidos términos se había expresado otro sabio, a quien tanto debe nuestro país, el ilustre señor PITTIER, quien en su introducción al *Ensayo lexicográfico sobre la lengua de Térraba*, publicado en colaboración con el Profesor GAGINI (43) dice: «Lo mismo que Costa Rica forma entre las dos Américas uno como campo neutral donde se han juntado y mezclado al infinito las floras y faunas más diversas, este mismo país puede considerarse hasta cierto punto como zona de contacto de los idiomas afines al nahuatl con el caribe, el tule, el quichua y otros de la América del Sur».

«Los Nahoas y Mangues de la región de Nicoya,—dice el señor PERALTA (44)—han desaparecido completamente, aunque los primeros aún sobreviven en México y los últimos todavía conservaban uno que otro descendiente en Masaya (Nicaragua) y en Acalá (Chiapas). De los Nahoas (Aztecas) inútil es decir que han dejado notables monumentos de su civilización material, de sus conocimientos científicos y una lengua que pudo ser el instrumento de una raza culta y pensadora».

(41) Obra citada, pág. 151.

(42) ANASTASIO ALFARO: *Investigaciones Científicas*, pág. 33.

(43) *Anales del Instituto Físico-Geográfico de Costa Rica*, año 1891, pág. 76.

(44) M. M. DE PERALTA: *Etnología Centroamericana*, pág. XVII.



En la «Descripción de la provincia de Costa Rica», del Licenciado Juan de Estrada Rávago (año de 1572), leemos:

«La gente de esta provincia es muy bien dispuesta, limpia y de muy buena disposición, y gente muy rica de ropa; y por ser gente tan curiosa y rica, y hacer tanta ventaja a otras muchas provincias circunvecinas suyas, han sido muy envidiadas y lo fueron antes que los nuestros pasasen a las Indias, por la gran noticia y riqueza que los dichos naturales tenían; como se deja claramente entender por las joyas y piezas de oro que de ella han salido y salen, y de la noticia que se tiene de las grandes guerras que les hacían los reyes sus vecinos, especialmente el gran rey Montezuma, que envió sus ejércitos, que son más de seiscientas leguas, antes más que menos, en demanda de dicha provincia, de la cual tuvo muchas y muy especiales piezas de oro en su poder; y así queda hasta hoy día, como V. R. sabe y ha visto reliquias de sus soldados y ejércitos, que se llaman *Nauatatos* (45).

Don LEÓN FERNÁNDEZ indica, al publicar ese documento, que en varios manuscritos antiguos de Nicoya ha encontrado la palabra *naguatato* empleada como sinónimo de intérprete. El mismo autor recoge esta cita de don MANUEL OROZCO y SERRA (46): «Los Nahuas, dice el Padre Sahagun, eran los que hablaban la lengua mexicana, aunque no la pronunciaban tan clara como los perfectos mexicanos: y estos Nahuas también se llamaban Chichimecas y decían proceder de la generación de los Tultecas que quedaron cuando los demás salieron de su pueblo y lo abandonaron...»

La colonia nahoas en el noroeste del país pasa casi desapercibida en nuestra historia; no así la del sur, que merece a los primeros exploradores o cronistas motivos de admiración. Es fama que cuenta con gran número de habitantes y que proporciona oro al gran emperador de México. En una carta del gobernador de Veragua, capitán don Juan López de Siqueyra, al rey de España, fechada en Coclé a 6 de setiembre de 1603 (47), leemos esta estupenda noticia:

«... entrar por la baya del Almirante en una provincia rica en oro que se llama del Duy, que es de esta gobernación de Veragua, en la guarda rraya de la de Costarrica y Nicaragua, que confirma con ellas, y los naturales della se llaman los mexicanos; tendrá la dicha provincia *más de un millón* dellos, naturales y muy belicosos, que nunca fueron conquistados ni puestos en la obediencia de Vuestra Magestad».

Y en la relación sobre Veragua que hace el obispo de Panamá FRAY FRANCISCO en marzo de 1620, y que recoge don LEÓN FERNÁNDEZ, se dice: «Y aunque son belicosos (los indios del Duy) se sabe que es

(45) LEÓN FERNÁNDEZ: *Documentos*, tomo III, págs. 1 y sig.

(46) *Ibid.*, pág. 3.

(47) LEÓN FERNÁNDEZ: *Documentos*, tomo V, pág. 112.



gente política, que viste ropa de algodón, que fué sujeta a Montezuma, emperador mexicano, hasta el tiempo que entró la conquista de españoles en aquel reyno y estado; y es la tierra donde los mexicanos venían por oro para sus ydolos y ofrecimientos».

«Fácil es comprender por qué se extinguieron las tribus mexicanas de Talamanca,—dice el señor Gagini (48)—y subsistieron las caribes. Las primeras, venidas después, eran dueñas de lo mejor del territorio y tenían sujetas a las segundas; poseían, además, sus ritos especiales, sus dioses y sus tradiciones religiosas, mientras que los caribes carecían de ídolos y de culto propiamente dicho y sus creencias eran y son vagas y poco firmes. Lucharon fieramente los mexicanos contra los españoles que les derribaban y mutilaban sus dioses y los obligaban a cambiar de religión; en tanto que un pueblo que carece de ella acepta sin repugnancia la que le imponen sus dominadores, sobre todo cuando llega a comprender las ventajas que le reporta la alianza con los blancos».

---

(48) Obra citada, pág. 51.



## LOS CARIBES

\* La mayor parte del actual territorio costarricense, especialmente de las regiones centrales en donde hoy están asentadas las poblaciones principales, la ocupaban a la llegada de los Conquistadores, indios Caribes, divididos por varios autores en Güetares o Huetares y Viceítas.

Los caribes son tenidos por originarios de Sur América, punto que no ha sido determinado todavía. SALAS (49) dice al respecto: «Los Caribes son considerados por algunos autores procedentes de las pequeñas Antillas, de Florida u Honduras, así como de la cuenca amazónica (familia *tupi-guaraní*)».

Es de sobra sabido que la palabra *Caribe*, <sup>usad</sup> corrupción de *Cannaboa*, nombre de un cacique dominicano, se aplicaba para designar a los caníbales o gentes salvajes. Pero en un sentido particular se usó para distinguir a las tribus que, habitando las islas y costas bañadas por el mar que hoy lleva ese nombre, estaban unidas por la identidad o semejanza del lenguaje, que era el Chibcha, que se extendía desde Nicaragua al Ecuador.\*

Aceptándose la teoría del origen asiático de los aborígenes americanos, y la de su paso por el estrecho de Behring y su expansión progresiva hacia el sur, se señala la posibilidad de una doble corriente migratoria hacia Sur América, la una continental, por el istmo, la otra por el puente que van formando las Antillas desde Florida a Venezuela. Tal hipótesis explicaría la diversidad de origen que se atribuye a los Caribes, que habrían entonces realizado una marcha de contracorriente hacia el norte, tal como lo hicieron los Mayas en su expansión hacia Yucatán. En cuanto a la teoría de su emigración desde la cuenca amazónica, se basa en la del posible origen africano o quizá melanesio de los antiguos habitantes de la América del Sur, llegados desde sus lejanas tierras, gracias a las corrientes marinas. «Al mirar en el mapa el amplio delta del Orinoco, con sus siete grandes brazos y sus laberínticos canales por los que arroja al mar sendos caudalosos ríos que rechazan a muchas leguas las aguas salobres,—dice Triana—(50), asalta la sospecha de que por allí se deslizaron los primeros pobladores de América, procedentes del Lejano Oriente. Ya los cronistas de la Conquista pensaron por ciertas creencias religiosas de los indios, semejantes a las del rito católico, que había venido a América a predicar la doctrina evangélica algún ignorado apóstol; o bien por ciertos signos pintados en los petroglifos, que los fenicios habían incursionado por el nuevo mundo. Si se

(49) Obra citada, pág. 29.

(50) MIGUEL TRIANA: *La Civilización Chibcha*, Bogotá, 1922.



analizan algunas de estas creencias en relación con los ritos orientales y si se comparan gráficamente algunos de aquellos signos chibchas con los alfabetos fenicio, frigio e ibérico antiguo, se llega al convencimiento de que aquella corriente fortuita arrojó a las playas americanas, con los navegantes perdidos en el océano, un principio de civilización, del cual subsisten, a través del éxodo, vagos vestigios. A este propósito y siguiendo el sentir de varios misioneros, dice el PADRE GUMILLA en su célebre libro *El Orinoco Ilustrado*, escrito en 1741, lo siguiente: «A este modo, a Cam y a sus hijos les cupo la Arabia, el Egipto y el resto del Africa, y alguno de sus nietos o biznietos, arrebatados sus barcos de la furia de los vientos como en su lugar diré, o de otro modo, desde el Cabo Verde pasaron al cabo más avanzado de toda la América, que está en el Brasil, y se llama Fernambuco».

Como quiera que sea, estas primitivas tribus fueron remontando los territorios norteños de la América del Sur, pudiendo señalarse los ocupados por los Ramas en la costa atlántica de Nicaragua como límite de su avance hacia el norte.

Este hecho lo reconoce LOthrop en las siguientes palabras de su ya mencionada obra: «Las tribus Chibchas que ocupaban la América Central, Colombia y Ecuador al tiempo de la conquista avanzaban, según parece, hacia el norte, cuando fueron encontradas por los españoles. Durante un ciclo anterior, sin embargo, pudieron haber sido expulsadas de Centro América y llevado con ellas características culturales tomadas de vecinos más poderosos y altamente desarrollados. La evidencia arqueológica, empero, especialmente en Ecuador, indica que las tribus Chibchas radicaban allí desde hace largo tiempo, en tanto que en Costa Rica no hay indicación de que ninguno de los hallazgos de esa clase corresponda a épocas que antecedan grandemente a la conquista». Tampoco señalan similitud las obras de cerámica de los chibchas con las de los aborígenes costarricenses, agregamos nosotros.

Interesantes consideraciones, en cuanto al límite norte de las migraciones suramericanas, expresa también el Prof. PITIER en su trabajo *Primera contribución al estudio de las razas indígenas de Costa Rica* (51), en que al referirse al vocabulario guatuso que allí publica manifiesta que «a pesar de su cortedad es suficiente para demostrar de una manera indisputable y definitiva el estrecho parentesco del idioma guatuso con los demás de nuestro territorio y, en general, con los de todas las tribus que el historiador BANCROFT (*The Native Races of the Pacific States of North America*) agrupó bajo la denominación de *istmeñas*, y agrega: «Es más: la analogía puede seguirse, en algunos casos, hasta el chibcha, el tule y otras lenguas de lejanos pueblos en el continente sudamericano. Estos remotos pero indudables puntos de contacto se hacen más

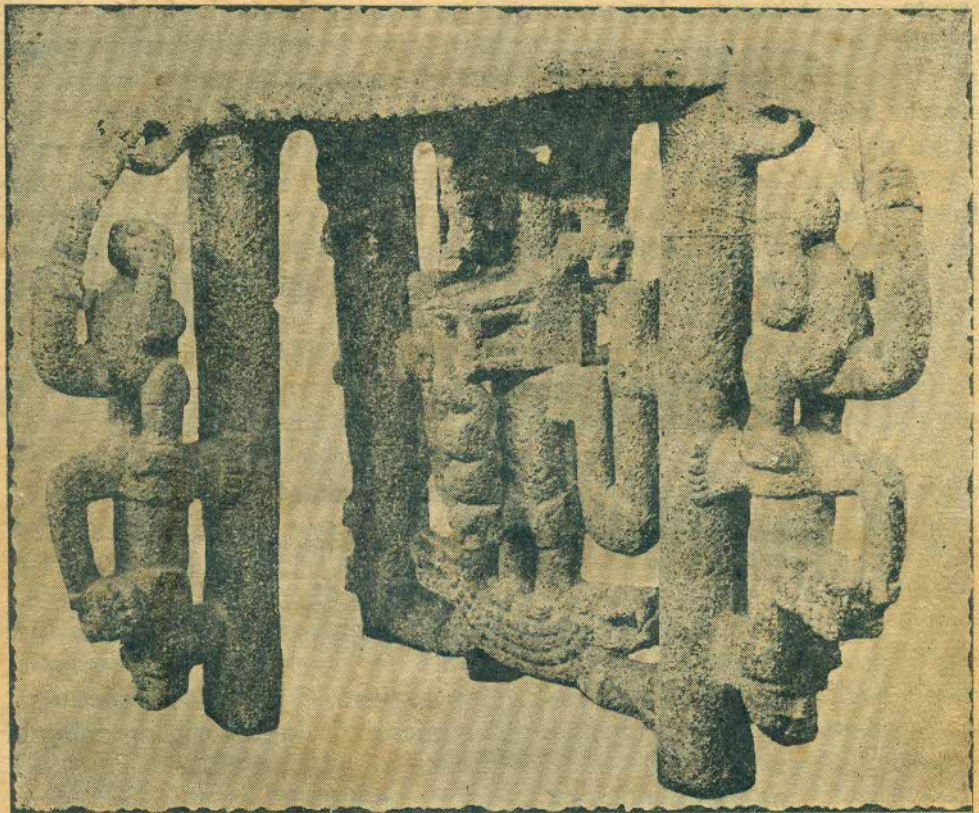
(51) *Anales del Instituto Físico-Geográfico de Costa Rica*, año 1894, págs. 141 y sig.



evidentes y numerosos, sin que para ello se necesite esfuerzo alguno de la mente, cuando se toman los términos de comparación en las hablas de la región meridional de Costa Rica. Con el mosquito y demás idiomas de la parte oriental de Nicaragua, los puntos de semejanza son tan escasos que pueden en su mayor parte considerarse como casuales; hasta la fecha tampoco he podido encontrar en el guatuso una sola palabra que recuerde al chorotega, al nagrando o a alguno de los demás idiomas que se han usado o se usan todavía entre los pueblos de Nicoya, Guanacaste y Nicaragua. Lo poco que se conoce hasta la fecha acerca de los indios guatusos parece sustentar la opinión de que el territorio ocupado por ellos coincide próximamente con el extremo boreal alcanzado por las razas meridionales en sus migraciones. En general, cada paso hecho por mí en el conocimiento de nuestras razas indígenas, me afirma más en la creencia de que éstas, en su conjunto y exceptuando solamente a los antiguos habitantes de Nicoya y Guanacaste, han de considerarse como grupo étnico esencialmente sur-americano. La inmensa depresión formada por el río San Juan y los lagos nicaragüenses, último vestigio de una anchurosa comunicación interoceánica, es un verdadero límite corográfico entre los dos continentes del hemisferio occidental».

Esta opinión del señor PITTIER es, a nuestro juicio, de grandísimo valor, ya que nadie puede poner en duda su autoridad en la materia. Ha sido él uno de los que con más entusiasmo y capacidad han tratado de escudriñar en el pasado para resolver el oscuro problema de nuestros aborígenes, valiéndose para ello de sus vastos y sólidos conocimientos científicos, así como del estudio de las localidades, de las lenguas y de los restos ya tan escasos de las poblaciones indígenas costarricenses. Su labor, esparcida en multitud de trabajos, la mayoría de los cuales fueron recogidos en las páginas tan interesantes de los *Anales del Instituto Físico-Geográfico* que el Profesor PITTIER dirigió, es una de las piedras angulares en que se asienta nuestro conocimiento de la historia precolombina del país.





CULTURA HUETAR

Altar monolítico. Dios de la lluvia.

Colección del Museo Nacional (No. 15613).



## LOS HUETARES

El estudio de los Huetares tiene gran importancia, por cuanto ellos fueron los habitantes de las zonas altas del interior del país, asiento principal de la población actual de Costa Rica, y dieron así, aun cuando en forma bastante relativa, la reducida base aborígen de nuestra nacionalidad. Algunas autoridades los consideraron afines a los chorotegas, ateniéndose a ciertas analogías lingüísticas, como BRINTON, o a informes geográficos, y en los *Documentos* de don LEÓN FERNÁNDEZ leemos (52):

«Los Bueteres o Huetares eran indios cuyo principal asiento estaba en las sierras y cordilleras de la Herradura, conocidas hoy con los nombres de Turrubales y Candelaria, según puede verse en la relación del contador Andrés de Cereceda, socio y compañero de Gil González de Avila. La conquista de Cavallón, en 1561, comenzó por el valle llamado de Coyoche por los indígenas y Landecho por los españoles, que comprende la costa oriental del golfo de Nicoya entre los ríos Grande y Barranca, valle que ocupaban, según Cereceda y Oviedo, los chorotegas o choroteganos, y más tarde ya no se les llama chorotegas ni huetares, sino indios de Garabito, de lo que se infiere la identidad de chorotega y huetar. Si, pues, los indios de Nicoya eran también Güetares, como lo dice el documento del texto (Provanza de Juan Esteban, tomo I, pág. 86) resultará justificado el hecho importantísimo de que todos los indios de Costa Rica, desde el río Reventazón hasta el golfo de Nicoya, hablan un mismo idioma, el Güetar, o sea el Chorotega, o mejor dicho, el Mangué, que según documentos que conservo, era el nombre especial de la lengua de los indios de Nicoya e islas del golfo, y comprobado igualmente que los de Costa Rica y Nicoya pertenecían a la misma raza o tribu de choroteganos». Igualmente dice el señor FERNÁNDEZ que «la lengua que hablaban los choroteganos de Nicoya y Costa Rica se llamaba mangué en Nicoya y güetar en (el resto de) Costa Rica»; y refiriéndose a los indios Chomes y Abangares dice que «unos y otros pertenecían a la gran tribu de los Orotinanos, o sea Güetares o Choroteganos» (53)\*

Sin embargo, en la misma interesante relación de FERNÁNDEZ DE OVIEDO que incluye el señor FERNÁNDEZ en el citado Tomo I de sus *Documentos* (págs. 86 y siguientes), encontramos claramente establecida la diferencia entre chorotegas y huetares, en estas palabras: «e más al Este está la gente e provincia de Chorotega, e à las espaldas, más al Norte e al Nordeste están las sierras e gentes llamadas Güetares; los Güetares son mucha gente e viven encima de las sierras del puerto de

(52) LEÓN FERNÁNDEZ: *Documentos*, tomo I, pág. 93.

(53) Obra citada, pág. 158.



la Herradura, e se estienden por la costa de este golfo al Poniente de la banda del Norte hasta el confín de los Chorotegas...», con lo cual queda claro que eran grupos vecinos, pero distintos.

El nombre de estos indios, como se ha indicado, provino del de su cacique. Ya en el «Itinerario y cuentas de GIL GONZÁLEZ DÁVILA por su Tesorero ANDRÉS de CERECEDA», año de 1522 (54), se lee:

«El cacique Huetara está veinte leguas adelante, las 18 por costa y las 8 por tierra adentro: baptizáronse 28 ánimas, dió 433 pesos, 4 tomines». Y, en la carta del obispo de Nicaragua CARRASCO al Consejo de Indias, fechada en León a 18 de febrero de 1561, al dar cuenta de la expedición de CAVALLÓN dice: «Abrá tres días me escribió el licenciado Cavallón que estaba a punto de entrar en la tierra de guerra y que avía grandes nuevas de la riqueza de la tierra, y que los *huetares*, que son los primeros yndios de guerra que convidaba con la paz, aunque desto no hay seguridad, podrá ser que Dios ponga su mano y los convierta» (55).

GAGINI, cuya inclinación a la tesis del origen mexicano de los habitantes precolombinos de este país es tan visible, desechando la idea de que los *huetares* fueran caribes, los considera tarascos, y consagra a defender este punto uno de los capítulos de su interesante obra *Los Aborígenes de Costa Rica*.

«Los *huetares*, dice el señor LINES (56), parecen tener una posición geográfica y etnológica única, como frontera o punto de unión de las culturas del norte y del sur. En un aspecto, empero, tienen un arte enteramente individual, probablemente libre de influencias extrañas. Esta señalada característica descansa en la magnificencia única de los metates agrícolas y ceremoniales de las tierras altas».

El mismo autor, en la introducción al catálogo descriptivo de los objetos expuestos en la primera exposición de arqueología y arte precolombino (57) hace ver que el Dr. LEHMANN «habla de la raza Huetar excluyendo a sus artistas de toda posibilidad de haber sido los fabricantes de los vasos policromos que se hallan en todo su territorio y limita, además, las posibilidades técnicas de sus alfareros a las formas más rudimentarias y primitivas en las plásticas», atribuyendo todos los vasos policromos hallados en territorio huetar a canjes efectuados con las tribus chorotegas. El señor Lines objeta tal opinión, indicando que los huetares fueron fabricantes de loza policroma, y que «los motivos que ellos usaron son fácilmente discernibles y esencialmente diferentes de los de sus vecinos chorotegas», invocando la autoridad de JOYCE y LOIHROP en apoyo de esta tesis.

(54) PERALTA, ob. cit. *Costa Rica, Nicaragua y Panamá*, pág. 29.

(55) *Ibid.*, págs. 185 y sig.

(56) Obra citada.

(57) Imprenta Nacional, C. R. 1934. pág. 27.



El señor THIEL estimaba que la inmigración de los huetares debió haber tenido lugar hacia el año 1400 de la era cristiana.

HARTMAN (58) hace notar la estrecha relación que hay entre los huetares y los indios chiriquíes, relación que aparece del estudio comparado de la cerámica de ambos grupos, y que había sido ya observada hace tiempo por el ilustrado profesor señor ALFARO (59).

Igualmente la había indicado HÓLMES (60) al recalcar la similitud entre la alfarería de los antiguos pobladores de la provincia de Chiriquí y la de los de Centro América, especialmente Costa Rica, que permite suponer la existencia de influencias comunes, de un intercambio comercial frecuente y aún de afinidades raciales. «En cuanto al arte de la cerámica he podido observar,—dice este autor,—parece indicar una relación más estrecha con los antiguos pueblos de Costa Rica que con los de Sur América; [sin embargo, en los ceremoniales fúnebres, en la falta de casas y templos durables y en su uso del oro, eran (los Chiriquíes) semejantes a los antiguos pobladores de la Nueva Granada central y del sur].»

Eran los huetares indios belicosos, que se mantenían en continua guerra con sus vecinos. Es al respecto interesante esta observación que hace el profesor ALFARO en su *Catálogo de las antigüedades indígenas de Costa Rica exhibidas en la Exposición histórico-americana de Madrid* (61): «Es muy común el encontrarse en las sepulturas de los indios Güetares cabezas humanas bien representadas en piedra, con facciones tan diversas que un orientalista se creería autorizado para asegurar que nuestros indios conocían todas las razas, sin excluir la amarilla y la negra, como se verá por las especificaciones que hacemos en seguida de los tipos y series más importantes. A nuestro juicio, representan cabezas de guerreros vencidos y a quienes siguiendo la costumbre establecida por aquellos pueblos se les cortó la cabeza para formar los trofeos que ostentaba cada jefe vencedor».

Estos indios fueron enemigos terribles para los españoles. El caballero Adelantado VÁSQUEZ de CORONADO los califica de belicosos y vivos de ingenio y en carta al rey de España fechada a 11 de diciembre de 1562 habla de su «nueva sumisión».

GAGINI, como hemos indicado, recuerda que BRINTON, como después Monseñor THIEL, consideró a los huetares como un pueblo de la misma familia que los Talamancas, y rebatiendo esta tesis estima que «por lo menos las principales parcialidades» de los huetares eran Tarascos, siendo empero probable que estuviesen mezclados con pueblos de diferentes

(58) C. V. HARTMAN: *Archaeological researches in Costa Rica*.

(59) ANASTASIO ALFARO: *Antigüedades Indígenas de Costa Rica en la Exposición histórico-americana de Madrid*, pág. 61.

(60) WILLIAM H. HOLMES: *Ancient art of the province of Chiriquí*.

(61) Obra citada, pág. 48.



naciones. En cuanto a su lengua añade: «El idioma huetar debía ser, por consiguiente, una mezcla del Tarasco con lenguas del grupo uto-azteca, como lo llama BRINTON (cahita, tarahumar, nahuatl, shoshone, etc). y aún es posible que entre ellos hubiese tribus Chorotegas, como se verá más adelante, y aún caribes». Y más adelante: «Otra prueba elocuente sobre el origen de los Huetares es el número de palabras mexicanas que se encuentran en nuestro lenguaje popular y que no pueden haber sido importadas después de la conquista, puesto que muchas de ellas se usan en México y Centro América bajo formas distintas de las costarricenses, y otras han desaparecido totalmente en aquellos países, del mismo modo que muchas palabras castellanas del todo olvidadas en España se han conservado en el lenguaje americano». Agrega que «la alfarería huetar presenta muchas analogías con la Tarahúmar, Tarasca y Nahuatl, y muy pocas con la Chibcha o Quechua».

De parecida opinión que GAGINI, en cuanto al lenguaje huetar, fué el profesor FERNÁNDEZ FERRAZ, uno de los primeros estudiantes de nuestros aborígenes, quien consideró a los huetares como procedentes del norte y su lengua un dialecto del Chiapaneca, igual que el Orotino y el Mangue (62).

Es indudable, sin embargo que las afinidades entre los huetares y otros grupos del sur, parecen más favorables a la tesis del origen suramericano de los primeros, pudiendo explicarse la presencia de nombres geográficos de innegable filiación mexicana en su territorio por la influencia que las tribus del norte tuvieron en esa zona, sea por los medios pacíficos del intercambio comercial, sea por los rudos y sangrientos de las invasiones y la guerra. Así lo reconoce el propio Profesor GAGINI (63) al indicar que «es también posible que los güetares dieran a dichos indios (los Votos) nombres otomíes en atención a sus costumbres», y lo mismo pudo ocurrir en relación con aquéllos.

El señor PERALTA estimó que el nombre de *huetares* era nahuatl y abrazaba diversas tribus de una misma lengua, distinta de las de los nahuas y los mangues, de quienes aquéllos eran enemigos. GAGINI indica que la palabra *huetares* también pudiera derivar del cahita *huiteru* o *hueteru*, nombre de un pez de río abundante en el litoral del Pacífico, o también del tarasco *huataro*, que significa cerro. Este distinguido autor analiza numerosos nombres geográficos de las regiones ocupadas por los huetares para demostrar su origen mexicano. Nosotros creemos, con LOTHROP, que tienen gran importancia las afirmaciones que aparecen en los documentos antiguos, de las cuales se desprende que la lengua huetar era la misma que la talamanca y aun la principal del país. «Así mismo me obligo a que dentro de los cinco años pondré el ca-

(62) JUAN FERNÁNDEZ FERRAZ: *Nahuatlismos de Costa Rica*, pág. XI

(63) Obra citada, pág. 78.



tecismo y doctrina cristiana en la lengua materna y general de aquella provincia, que llaman Güetar», dice el Capitán DIEGO DEL CUBILLO en su «Proposición» para conquistar a los indios de Talamanca (64). Varias otras citas podrían hacerse en este sentido, tomadas de las relaciones de misioneros o conquistadores. El establecer la identidad de talamancas y huetares es de gran importancia, pues puede proporcionar una clave para desentrañar el origen de los segundos.

El Profesor GAGINI, refutando los argumentos de BRINTON, dice que «los indios de Suerre, de la familia de los de Talamanca, no eran huetares»; añade que el nombre de Suerre es el talamanca *su* o *sue*, tortuga de carey, y *re* o *ri*, río, «nombre que traducido al castellano conserva todavía aquella región: *Tortuguero*», y acepta que los indios de Suerre eran afines del grupo de tribus talamancas, cuyos dialectos, aun cuando fuertemente influenciados por el nahuatl, pertenecen al grupo Chibcha. Tal influencia la explica el dominio que los mexicanos ejercieron en ese territorio. Y en cuanto a la filiación étnica de los antiguos habitantes de Suerre, las investigaciones arqueológicas vienen comprobando que es la huetar. Así encontramos esta interesante afirmación del profesor ALFARO, al hablar de un metate encontrado en Guápiles: «Su estrecha semejanza con los metates del Aguacaliente y de Turrialba es una prueba de que los indios Güetares se extendían por todas las llanuras de Santa Clara (provincia de Suerre), internándose por la cuenca del Reventazón, hasta sus cabeceras en el valle del Guarco, donde estaban en 1563 sus principales poblaciones, y en donde los españoles fundaron la actual ciudad de Cartago» (65). LOTHROP manifiesta que los metates de las zonas altas que ocupaban los huetares recuerdan los encontrados en Chiriquí, y que es tan estrecha la semejanza que sería difícil establecer reglas que permitieran distinguir los tipos de las dos regiones. Indica también que las lajas o piedras labradas, como las encontradas en Guápiles, son muy semejantes a las de Manabí, en Ecuador, y de Chavín, en Perú, pareciendo evidente que eran colocadas sobre las tumbas. Al mismo tiempo hace presente que las tumbas de los aborígenes costarricenses, especialmente las de la zona atlántica, tienen un estrecho parecido con las de Chiriquí, que a su vez lo guardan muy acentuado con las de Colombia y Ecuador.

Un importante punto de contacto entre las tribus de las regiones centrales de Costa Rica y las chiricanas es el de la cerámica decorada por el sistema llamado de pintura negativa, cuyo origen LOTHROP se inclina a creer ecuatoriano. Este estilo no se encuentra en la zona noroeste del país, ni en Nicaragua. El citado autor hace ver que ciertas características de la cerámica de Costa Rica, en las zonas altas, tales como los vasos trípodes, el pulpo como motivo decorativo y la técnica de la pintura nega-

(64) Documentos de don LEÓN FERNÁNDEZ, tomo V, págs. 218.

(65) Obra citada, pág. 37.



tiva, son de un origen suramericano que se remonta a época anterior a la conquista incaica, y forman un indiscutible lazo de unión entre las culturas sur y centroamericanas.

Como un detalle que quizá merezca observarse queremos hacer notar que el tipo de sepultura que ilustra HOLMES en el grabado N.º 4 de su obra *Ancient Art of the province of Chiriquí* y que reproduce del trabajo de DE ZELTNER (66), tipo que algunos imputaron a mera fantasía de éste, es prácticamente el mismo de las tumbas de Cerro Colorado, Paracas (Perú), tal como aparece en la interesante obra del Dr. TELLO, *Antiguo Perú* (67). Cabe señalar que otra de las características más interesantes de la cerámica de las zonas que ocuparon los huetares es la de los jarros o copas trípodes, con patas que representan figuras de animales, cuyos prototipos pueden encontrarse en la alfarería chiricana, como puede verse en la obra de HOLMES (68), en donde están reproducidos algunos bellos vasos de este estilo, cuya comparación con piezas semejantes que posee nuestro Museo Nacional resulta de gran interés.

Igualmente debe notarse que los motivos nicoyanos de serpientes emplumadas y monos van siendo substituidos, o mejor dicho suplantados por los de cocodrilos y ranas, lo cual es altamente significativo, si se tiene en cuenta el simbolismo que para los chibchas tenía este batracio, símbolo de la fertilidad por estar asociado con la época de las lluvias, y de los cuales se decía que encarnaban las almas mismas de los hombres. Otra curiosa afinidad entre huetares y chibchas es que ambos pueblos usaban la resina para embalsamar a sus muertos.

---

(66) Obra citada, pág. 19.

(67) Obra citada, pág. 119.

(68) W. H. HOLMES, obra citada, pág. 112.



LOS VICEITAS <sup>TALAMANCAS,</sup>  
COSTA RICA

\* Los Viceítas formaban parte de los indios llamados *Talamancas*, que integran uno de los grupos aborígenes llegados hasta nuestros días. Los españoles los señalaron como una raza belicosa, que se rebeló contra los conquistadores y que hostilizaba a las otras tribus de esa región. Se les cita entre los que sojuzgó el capitán DIEGO DE SOJO en 1605, cuya lista incluye estas tribus: *Ateo, Vicetta, Térrebe, Cururu, Quequexque, Usabaru, Sucaque, Xicagua, Munagua, Cabécara y Cujerinducagua* (69). En la información de méritos y servicios del capitán PEDRO FLOREZ, año de 1611, que reproduce don LEÓN FERNÁNDEZ en sus *Documentos* (70) se habla de los Viceítas como agresores de muchos otros indios, que pidieron protección contra ellos al Gobernador don JUAN DE OCÓN Y TRILLO. En el informe del Gobernador GRANDA y BALBÍN sobre la rebelión y castigo de tales indios, se dice que «Viceíta es el pueblo mayor que hay en Talamanca» (71)\*

«El Real de Viceíta», situado a ocho leguas del Mar del Norte, en la provincia de Ateo, valle del Duy, aparece citado repetidas veces en los escritos antiguos. En el informe de Fray MANUEL DE URULLA, del año 1763, que en parte cita el mismo señor FERNÁNDEZ en su *Historia de Costa Rica bajo la dominación española* (págs. 616 y siguientes), y en el cual se hace la divertida afirmación de que los indios *zeguas*, que habitan las islas y costas de la bahía del Almirante, «tienen rabo de una tercia», se dice igualmente que «los Viceítas forman una de las naciones de gentiles conocidos por Talamancas». Los misioneros Fray ANTONIO DE ANDRADE y Fray PABLO DE REBULLIDA dicen que «los indios llamados Viceítas que son Talamancas, pueden sacarse a Boruca, y éstos son setecientos y distan de Boruca seis días de camino» (72).

GABB, a quien se deben tantos y tan interesantes datos sobre los indios de Talamanca, dice en su «Informe sobre la exploración a Talamanca» (1873-1874) publicado en los *Anales del Instituto Físico-Geográfico de Costa Rica*, que «probablemente Bribrí es la Biceíta de los españoles, localizada en el distrito a ambas márgenes del río Larí o Coen». (73). Agrega «que miles de acres de pastos tan limpios que no quedan ni los troncos de los árboles, demuestran que no en muy remota época existía aquí una población más numerosa que la actual. Por su parte;

(69) PERALTA: *Costa Rica y Colombia*, pág. 23.

(70) Tomo V, págs. 163 y sig.

(71) PERALTA: obra citada, pág. 121.

(72) *Ibid.*, pág. 105.

(73) *Anales*, tomo VII.



el Profesor PITHIER llama a los Viceítas *Bribri-uâk*, nombre con que se conocen entre los propios indios. GAGINI, en *Los Aborígenes de Costa Rica*, indica que el idioma Talamanca comprende las lenguas Bribí, Cabécar, Viceíta, y los dialectos de La Estrella, Chirripó, Tucurrique y Orosi. Además del propio señor GAGINI, estudiaron la lengua bribri Monseñor THIEL, el Profesor PITHIER, GABB y el Profesor don PORFIRIO BRENES, quien dejó unos «Apuntes inéditos para una gramática bribri». El Profesor GAGINI nos dice que «es evidente que entre todos los dialectos que aún se hablan en Costa Rica existen afinidades más o menos apreciables, sobre todo en el vocabulario, y nos recuerda que fué él quien primero las encontró entre las lenguas de Talamanca y el Guatuso, que se creía una enteramente aparte. Este dato nos es de gran importancia, pues establece un vínculo definitivo entre ambos grupos, y confirma la filiación caribe de los guatusos, tesis a las que se inclinó tan ilustrado autor, recordando que entre aquéllos buscaron refugio, huyendo de los españoles, muchos indios borucas y huetares (74).

El mismo Profesor GAGINI deriva el nombre *Viceíta* de *Abicetaba*, que es el nahuatl *Apiztaplan* (sobre los hilos de agua, en la fuente), transformado sucesivamente en *Abiztaba*, *Abicetaba*. A la vez cita, tomándolo de los *Documentos* de don LEÓN FERNÁNDEZ, «el río llamado Vicey, como a dos leguas del real», de donde también pudo venir aquel nombre.

GAGINI, también, señala muchas afinidades del lenguaje talamanca con el Nahuatl, explicables por la influencia de los mexicanos que, como es sabido, tenían una colonia en la región del sureste, de la cual sacaban, según es fama, oro para sus emperadores.

Entre los datos que acerca de los Talamancas poseemos, hay algunos que, como los referentes a ciertos ritos funerarios, así como a la estructura cónica de sus habitaciones, señalan puntos de contacto con algunas tribus suramericanas, especialmente colombianas, como los Panches, de reconocido origen Caribe, los Sutagaos, Colimas, Coyaimas, Natagaimas, Quimbayas y otras. La semejanza de estos estilos de habitaciones, ciertamente, no podría invocarse por sí sola como prueba suficiente de parentesco racial, pero no puede menos de ser de gran interés en este caso. Encontramos también que los Talamancas tenían de común con los guaraníes la costumbre de suspender los cadáveres de los árboles.

Sobre las tribus que habitaban la región de Talamanca y que según JUARROS y otros historiadores eran veintiséis (sin contar los Terrabas, Cabécaras y otras, lo cual es evidente error) poseemos bastantes datos, particularmente por los trabajos de los misioneros. Los Viceítas habitaban, según WAGNER, «de Bocas del Toro hacia la costa occidental, junto con los Blancos, Valientes, Tiribís y Talamancas».



## LOS COROBICÍES

«Los Corobicíes—dice el señor FERNÁNDEZ GUARDIA (75)—vivían en el norte del país. El grupo de ese nombre, entre los ríos Tenorio y Corobicí; su otra rama, los Votos, al norte de la Cordillera Central y al este de la de Guanacaste, desde el volcán Orosi hasta el Poás, que fué llamado también *de los Votos*. Eran unos novecientos».

Este distinguido historiador los considera llegados al país antes que las otras razas que lo poblaban a la llegada de los españoles, sin emitir opinión acerca de su origen.

El señor THIEL, en la monografía que hemos citado, incluye a los Corobicíes entre los Nahoas, y cataloga a los votos como un grupo aparte».

PERALTA, como vimos, los califica de misteriosa nación, señalándola como progenitora de los actuales Guatusos.

LOTHROP, quizá algo ligeramente, los considera Chibchas, diciendo (76): «La única tribu Chibcha en la zona del Pacífico era la Corobicí»; definiendo en cambio a los Votos como afines a los Huetares.

GAGINI (77) manifiesta acerca de estos indios: «HERRERA dice que la lengua Corobicí era la misma de Choluteca, es decir, la Chorotega; y GOMARA dice que el Corobicí es lengua que «loan mucho», lo cual puede aplicarse al nahuatl o al tarasco. Lo que parece seguro es que eran mexicanos como los demás del golfo, pues los objetos extraídos de las sepulturas cerca del Tempisque son aztecas o chiapanecas; y que los corobicíes no tenían la importancia que se les atribuye, pues en documentos posteriores a los citados no se menciona dicho pueblo. Serían *Colhuas* (Curúas), nación directora a la cual estaban sometidos los aztecas? (BANCROFT, III, 307). Los toltecas tomaron el nombre de Culhuas ya mezclados con otras tribus de Anahuac. (*América a través de los siglos*, 463). El señor AYÓN en su *Historia de Nicaragua* llama a los Corobicíes *Coribisis*, no sabemos por qué».

El mismo señor GAGINI indica que «el nombre Boto es sin duda otomí, de *boxh-to*, rastrojo, pues en el estado de México hay un sitio llamado Bocto y en el de Hidalgo hay doce lugares que llevan el nombre Boto»; pero acepta que «los Botos y Suerres eran de la familia de los Caribes de Nicaragua, los Gamáes, de Nueva Jáen. Estos se pasaron a la

(75) R. FERNÁNDEZ GUARDIA: *El Descubrimiento y la Conquista*, pág. 9.

(76) Obra citada, pág. 391.

(77) Obra citada, pág. 81.



margen derecha del San Juan cuando el Capitán Castañeda pobló a Jáen».

El señor CONZAMIUS, erudito autor luxemburgués que vivió varios años en la región mosquitia y que fué nuestro huésped hace algún tiempo, piensa que los indios de Río Zapote, que identifica con los Ramas, son los descendientes de los antiguos Corobicíes (78), e indica que ambos grupos pertenecen a una misma familia lingüística, la Chibcha.

Los Corobicíes, como la mayor parte de los aborígenes costarricenses, obtuvieron su nombre del de uno de sus caciques. «El cacique Corevisi está cuatro leguas de Sabandi» (Zapandí, la actual Filadelfia, en Guanacaste), dice en su itinerario el tesorero de Gil González Dávila, Andrés de Cereceda (79). Y el licenciado Francisco de Castañeda en carta al Rey de España, fechada en León de Nicaragua el 30 de marzo de 1529 (80) dice: «Ay otro Cacique que se dice Corobeci en la Tierra Firme, frontero de la ysla de Chira questá en una ysla dos leguas como e dicho de Nicoya». En 1569 los corobicíes, llamados también *Corvestes*, son dados en encomienda, junto con los Avangares, a Francisco de Fonseca por Perafán de Ribera (81).

El señor CONZAMIUS recuerda, con LEHMANN, que los Guatusos llaman a los indios de Río Zapote *Kuerésa*, palabra que tiene alguna analogía con *Corobici*, y recuerda que muchos de los nombres geográficos de la región que antiguamente habitaron éstos terminan, como su nombre mismo, con la sílaba *si*, que en la lengua de los Ramas significa agua. (Los Guatusos dicen *ti*). LEHMANN también ha sugerido, como recuerda LOTHROP, «que sea atribuído a los Corobicíes el tipo llamado de «El Viejo» de alfarería nicoyana, cuya principal característica es el adorno con líneas en negro. «Este tipo, indica el segundo de dichos autores, tiene uno similar en la región atlántica, y su ausencia de las zonas centrales parece demostrar que se extendía de Guanacaste al norte de la cordillera volcánica, es decir, en los territorios ocupados por los Corobicíes y los Votos, pero para aceptar tal hecho en una forma definitiva es indispensable esperar el resultado de las exploraciones arqueológicas que allí se realicen».

Es oportuno recordar que, como lo han anotado eminentes autores, especialmente BANCROFT, citando al Padre ZEPEDA, los Corobicíes acostumbraban hacer habitaciones en los árboles, detalle que señala una afinidad con las tribus suramericanas, y que es poco común entre los aborígenes del istmo. VASCO NÚÑEZ DE BALBOA, dice, encontró en la región del Atrato un verdadero poblado arbóreo (82).

(78) ED. CONZAMIUS: *Une tribu inconnue du Costa Rica: les indies Rama du Rio Zapote*, pág. 100.

(79) M. M. DE PERALTA: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*, págs. 27 y sig.

(80) *Ibid.*, págs. 36 y siguientes.

(81) *Ibid.*, pág. 430.

(82) *The Native Races*, etc. Tomo I, pág. 957.



## LOS BORUCAS O BRUNCAS

Los indios borucas o bruncas habitaban la región de Golfo Dulce (Osa). Se les ha llamado también Burucas y Buricas, nombre que se ha perpetuado en la punta en donde termina, por el Pacífico, la línea limítrofe con Panamá.

Monseñor THIEL considera a los botos, borucas, cotos y demás indios del Pacífico como los primeros habitantes de Costa Rica («tal vez —dice— desde el año 1000»), extendiéndose luego por el interior y las costas occidentales hasta las islas del golfo de Nicoya, según se desprende de un pasaje de Fernández de Oviedo.\*

GAGINI (83) indica que BRINTON y otros filólogos consideran el Brunca como una rama del Chibcha de Colombia, y recoge a su vez afinidades léxicas entre ambos dialectos.

PERALTA (84) lanza la opinión de que los Borucas son quizá los descendientes de los valientes indios Cotos, que tan fieramente lucharon contra las fuerzas de Vázquez de Coronado, y con relación a su filiación étnica dice: «En cuanto a los Guymies, Terrabas, Chánguenes y Borucas, sus afinidades con los pueblos más orientales del istmo son marcadas, y no será sorprendente que tengan estrecho parentesco con los de la costa firme desde Paria hasta el Darién, y aún, como insinúa Brinton, con los Chibchas. De estas tribus, que a mediados de 1564 podían calcularse en cien mil almas, quedan hoy escasísimos representantes».

De la lectura del *Informe del ministro provincial de San Francisco*, año de 1682 (85), se desprende, empero, que el señor Peralta incurrió en error al considerar que los Bruncas son los descendientes de los antiguos Cotos, pues de lo que dice FRAY GABRIEL DE LA TORRE, firmante de dicho informe, resulta claro que los Cotos buscaron refugio en tierras de los Borucas para protegerse de la hostilidad de otros indios. «Hay, señor—escribe FRAY GABRIEL—en estas montañas muchos indios por reducir, y los de la nueva reducción de Nuestra Señora de la Concepción de Buruca están en unas casas, que llaman palenques, de paja, en partes altas, que les sirven de casas fuertes para sus defensas en las guerras que suelen tener unos con otros indios de diferentes naciones, como hoy lo están los Chánguinas con los Burucas por la defensa de los Cotos que se han retirado a Buruca huyendo de los Chánguinas porque no los acaben de matar. Estos Cotos están en la misma reducción por los

(83) Obra citada, pág. 33.

(84) M. M. DE PERALTA: *Etnología Centroamericana*, págs. XIV-XVI.

(85) LEÓN FERNÁNDEZ: *Documentos*, tomo VIII, págs. 421 y sig.





CULTURA BRUNCA

Colgante de oro. Idolos unidos.  
Colección del Museo Nacional (No. 14051).



Talamancas y serán hasta veinte y cuatro familias los que de ellos han quedado, habiendo acabado los demás, que eran muchos, la continua guerra que les han hecho los Chánguinas».

A continuación el mismo religioso indica cómo el padre predicador Fray CLAUDIO DE AGUIAR pobló a los indios Burucas, Abubaes y Cotos, indicando: «Los indios Cotos están poblados y fundados en pueblo aparte distante dos leguas: tienen su yglesia con la advocación de San Buena-ventura: compónese de veinte y cuatro familias».

Tales informes demuestran que los Bruncas no son descendientes de los Cotos, sino que los restos de este valiente pueblo buscaron refugio junto a aquéllos, por los cuales fueron luego absorbidos.

«Los indios Térrabas, Borucas o Bruncas, Bribris Cabécares y otros esparcidos por el inmenso territorio de Talamanca y el vecino litoral del Pacífico, así como los Guaimies, Dorasques, Chánguenas, Chalivas, Cunas y demás tribus extendidas desde la laguna de Chiriquí hasta el Golfo de Darién—dicen los señores PITTIER y GAGINI en su *Ensayo lexicográfico sobre la lengua de Térraba* (86),—pertenecen evidentemente a un mismo grupo etnográfico cuyos rasgos característicos se descubren sin dificultad en cada una de las razas mencionadas. Designanse comunmente las lenguas de esos pueblos con el nombre de Caribes, aunque algunos las consideran como dialectos de la lengua chibcha o muisca».

«Llama la atención—manifiesta el profesor PITTIER en su *Viaje de exploración al Río Grande de Térraba* (87)—la notable uniformidad de las facciones, que revela una raza muy homogénea. El tipo Brunca es más moreno que el Térraba, y se acerca bastante al de los Viceítas. Los hombres son generalmente de fuerte estatura, de hombros anchos y de una musculación que denota un temperamento vigoroso; las mujeres son pequeñas, regordetas, con manos y pies muy chicos. Los Bruncas tienen una inteligencia clara y un carácter serio».

«Que la cuenca colectora del Río Grande de Térraba fué sitio de una gran población de indios, lo comprueban claramente los numerosos cementerios que se encuentran por todas partes, los restos de edificios en varios puntos (Buenos Aires, llanuras entre Río Grande y el Golfo Dulce), y tal vez las sabanas y las selvas despejadas que se extienden desde Buenos Aires hasta El General, y que serían entonces los antiguos desmontes de aquellos primeros pobladores. Los Borucas y los demás naturales que viven esparcidos y confundidos bajo el nombre de viceítas, a lo largo de la Gran Cordillera, son restos de los primitivos habitantes».

Parecidas observaciones hizo el Dr. A. VON FRANZIUUS, en su estudio *La parte sureste de la República de Costa Rica* (88), del que to-

(86) *Anales del Instituto Físico-Geográfico*. Año 1891-92. Pág. 67.

(87) *Anales del Instituto Físico-Geográfico*. Año 1890. Pág. 59.

(88) *Anales del Instituto Físico-Geográfico*, Año 1892, pág. 107.



mamos estas líneas: «Los entierros indígenas, cercos de piedra, ollas de barro y piedras de moler que se encuentran con frecuencia en las llanuras de Pirrís, así como también los cacaotales que se han conservado desde los tiempos pasados, son pruebas de que existieron en aquellos lugares numerosas poblaciones. Consta del gran número de entierros indígenas existentes en esta parte del país, especialmente en los alrededores del Hato, que ésta fué también ocupada antiguamente por una densa población. En los últimos años se han excavado muchos de aquéllos y se ha averiguado que, lo mismo que las huacas de Chiriquí, encierran muy a menudo figurillas de oro. Los demás objetos que contienen, entre los cuales se cuentan muchas piezas de piedra labrada, así como también el uso de las lajas en la construcción de las bóvedas funerarias, demuestran que los habitantes de la región pertenecían a la misma raza de los antiguos pobladores de Chiriquí, esto es, la tribu de los indios Cueva. En los tiempos de la Conquista había alcanzado dicha raza cierto grado de civilización y hallándose esparcida por todo el istmo de Darién, se extendía por el lado norte hasta el pie de la montaña Dota».

FERNÁNDEZ FERRAZ, ya citado, dice: «sabido es que todos los idiomas del sur de este territorio (Costa Rica) incluso el perdido Guaimí, a saber: Boruca, Bribri, Cabécar, Térraba, Tiribí y Tucurrique, pertenecen a la rama Chibcha o Muisca del norte de la actual Colombia»; mas cabe observar que el erudito estudio lingüístico del Profesor PITTIER sobre el brunca, que enlaza naturalmente el Bribri, Cabécar y Tiribí como del mismo grupo idiomático, no presenta elementos dignos de formar una teoría de la cual pueda desprenderse o afirmarse el parentesco entre esas lenguas y el Chibcha.

Por nuestra parte, queremos llamar la atención hacia otro hecho evidente, que no ha sido considerado con el debido interés, y es el *de la continuidad geográfica*, si puede decirse así, de la población aborigen en el istmo. En efecto, si en el panorama actual de nuestros pueblos existen grandes regiones deshabitadas, marcándose definitivamente la diferencia de nacionalidad, no ocurría lo mismo en la época precolombina, y esto es especialmente cierto con respecto a las zonas del sur. Los actuales pueblos panameño y costarricense tienen fisonomía propia e inconfundible, y carecen de contacto en sus fronteras, casi despobladas, en donde apenas ahora las actividades agrícolas comienzan a formar núcleos importantes. En la época precolombina, en cambio, las tribus se extendían regularmente, dándose la mano las unas a las otras, podría asegurarse, y también haciéndose a menudo la guerra, formando uno a manera de escalonamiento, que remontaba la garganta de América, y cuyos centros principales los constituían aquellas razas que, poseedoras de una cultura más elevada, se señalaron por diversas características, y



dejaron escrito su nombre con trazos sutiles y bellos en las obras admirables de su cerámica.

Este hecho, fácilmente comprobable, lo estimamos de grande importancia, ya que constituye una de las bases para restablecer la identidad racial de las naciones aborígenes. Y en lo que a Costa Rica se refiere, puede observarse, en los pocos mapas que al respecto han sido publicados. Así, por ejemplo, en la «Planta de la Provincia de Veragua» hecha por el Gobernador LORENZO DEL SALTO (año de 1620) publicado por el señor PERALTA (89). Allí puede notarse claramente esta continuidad de población a que nos referimos y que enlaza los pueblos del sur con los de nuestro territorio. Así también en los «Itinerarios de los Misioneros Franciscanos en Talamanca» del Obispo THIEL (90). En este mapa puede verse el asiento de los indios *Térrabas, Chánguenes, Cabécares*, etc., que, como es sabido, se mantenían en contacto con las otras tribus del sur y del noroeste, con las cuales poseían reconocidas afinidades lingüísticas y raciales. El constante intercambio que existía entre los habitantes precolombinos de ambos litorales lo atestiguan los informes de misioneros y conquistadores; y en cuanto a aquellos que más nos interesan tenemos el testimonio muy valioso del Obispo de Nicaragua que en su informe al Supremo Consejo de las Indias sobre la reducción de Talamanca por Fray MELCHOR LÓPEZ y Fray ANTONIO MARGIL (91) dice, entre otras cosas: «Los térrabas son más trabajadores y tienen más instrumentos por el trato continuo con los Borucas». Y aún pudiéramos aducir esta cita, tomándola de don LEÓN FERNÁNDEZ (92), quien nos dice que «los Borucas eran molestados por los Chánguenes, hasta que el Gobernador SÁENZ VÁZQUEZ (1674 a 1681) los obligó a retirarse detrás del volcán de Chiriquí, su antiguo asiento».

(89) M. M. DE PERALTA: *Costa Rica y Colombia*.

(90) *Anales Instituto Físico-Geográfico de Costa Rica*, tomo VII, 1897.

(91) M. M. DE PERALTA: obra citada, pág. 87.

(92) *Documentos*, tomo III, pág. 32.



## LOS GUATUSOS

No queremos dejar de indicar que hemos hecho adrede exclusión de ese pequeño grupo indígena en nuestro trabajo, por la razón de que éste tiene como objeto principal el tratar de esclarecer el problema del origen de los grupos aborígenes de Costa Rica en la época de la Conquista. Los guatusos no fueron conocidos como nación separada por los colonizadores europeos. Según las versiones que pueden aceptarse como verdícas, es un grupo que se formó después, por los restos de votos y corobicíes, y aún con la mezcla de huetares. Acerca de su origen se especuló mucho, forjándose, con base en su nombre, las más fantásticas teorías, como esa, ya desacreditada, del tipo blanco y el cabello rubio de estos pobres indios. El señor CONZEMIUS, a quien antes nos hemos referido, señala la posibilidad de que sean los últimos restos de los huetares, e indica que el guatuso es lengua de origen chibcha, y lo mismo opina PITTIER. El señor GAGINI se inclina a identificarlos con los votos, «pues no hay duda—dice—de que pertenecen a la familia caribe, como los indios de Suerre y los Chontales de allende el San Juan». El mismo autor indica la afinidad del idioma guatuso con los del sur de Costa Rica. «En el estrecho círculo de nuestros idiomas—dice—el guatuso se asemeja más al bribri y al cabécara que a cualquiera de los demás. Este hecho se haría más sensible talvez estudiando las graduales transiciones que median entre los dialectos del último (estrella, chirripó y tucurrique), aunque siempre faltarían los anillos que representan las lenguas perdidas de los votos y otras tribus aborígenes del centro y de las llanuras del norte. Estas han desaparecido enteramente como individualidades, pero sus restos se encuentran, sin duda, mezclados con otros elementos en la cuenca del Río Frío».

Creemos que ésta es la teoría más cierta, y que efectivamente los guatusos, cuyo número decrece rápidamente, descienden de los distintos indios que habitaban el centro y el norte del territorio costarricense, sin que puedan considerarse realmente como un grupo étnico particular y definido. Sobre ellos se ha escrito bastante, y sus particularidades y costumbres han sido tratadas por varios autores.



## RESUMEN

En las páginas anteriores hemos recogido aquellos datos relativos a nuestros aborígenes que, tendientes a esclarecer su origen, han estado a nuestro alcance. Hagamos ahora el resumen de ellos, dejando constancia, eso sí, de que las conclusiones que sugieren pueden modificarse cuando el aporte de nuevos informes y el fruto de los estudios que apenas se inician, relativos a este oscuro punto de la historia americana, vengan a ampliar o rectificar el conocimiento, hoy tan precario, de los primitivos habitantes de nuestro país.

*Los Nahoas*

Acercas de los Nahoas cabe decir que su origen, en lo que a nuestro problema se refiere, no necesita demostración. Su nombre, su lengua, sus tradiciones y costumbres ponen de manifiesto que eran una de las avanzadas de aquel gran pueblo mexicano llegadas hasta el sur del istmo centroamericano. Puede agregarse que aún cuando parece que en épocas remotas se produjeron movimientos migratorios que conectaron a países tan separados entre sí como México y Perú, sin que pueda precisarse todavía la verdadera dirección de tales movimientos, las tribus mexicanas que habitaban nuestro suelo al producirse el Descubrimiento no demostraban tener gran arraigo en la zona que ocupaban, sino más bien haber arribado en tiempos recientes, quizá como una de tantas expediciones que en el transcurso de su historia aquellas pujantes naciones del norte enviaban a lejanos territorios como avanzadas de su civilización y poderío. Por otra parte, el origen y la cultura de los Nahoas han sido tan profusamente estudiados, que parece innecesario extendernos acerca de ellos aquí.



*Los Chorotegas*

De los Chorotegas ya se ha dicho que eran los más adelantados entre los habitantes precolombinos de Costa Rica. Los datos que poseemos permiten suponerles de origen nórdico, mezclados con razas primitivas y no identificadas, y habiendo desarrollado caracteres propios, que en cierto modo admiten compararles con aquellos otros pueblos que en el norte de Centro América dejaron huellas admirables de su civilización. No quiere esto decir que igualaran a los mayas, en ningún aspecto, pero es indudable que superaban a los demás grupos indígenas de Costa Rica, y que su organización social y política resistía comparaciones favorables con las de pueblos que en muchos sentidos les superaban. La brillantez de su intelecto, puesta de manifiesto en las embarazosas preguntas y las agudas respuestas con que sorprendieron a los conquistadores, tanto como la obra todavía poco comprendida de su cerámica—único resto importante que nos queda de esa interesante cultura—revelan caracteres que permiten clasificar a ese pueblo entre aquellos que ocuparon lugar preferente en el concierto de las naciones precolombinas de la América.

Las vinculaciones que los modernos estudios han permitido establecer entre los chorotegas y determinados grupos del norte, especialmente los de Chiapas, refuerzan la tesis de su origen como pertenecientes a aquellos pueblos que en tal región alcanzaron un grado bastante alto de civilización. Tanto las tradiciones recogidas por diversos autores, como las deducciones que pueden hacerse de sus costumbres y las influencias que pueden encontrarse en su cerámica, permiten creer que efectivamente se trata de un pueblo antiguo, es decir, que en época lejana definió una personalidad propia, digna de ser clasificada como tal entre la multitud de culturas aborígenes.

La versión que los señala como toltecas venidos a nuestro territorio en el siglo décimo—primero de la era cristiana no parece enteramente aceptable, pero es indiscutible que formaban un núcleo de características fuertemente delineadas, que por su importancia numérica puede considerarse en verdad como verdadero límite meridional de la cultura maya. Quizá no sería mucho atrevimiento afirmar que los chorotegas descendían del mismo tronco que los mayas, habiendo desarrollado una cultura paralela a la de éstos, y que si en verdad era inferior, constituía la más alta de la Costa Rica precolombina.



*Caribes y Bruncas*

Así como los datos anotados con relación a chorotegas y nahoas ponen de manifiesto su origen nórdico, los que hemos recogido sobre los otros aborígenes costarricense<sup>s</sup> tienden a sustentar la tesis de su procedencia suramericana. Ya hemos visto que BRINTON y otros filólogos consideran el lenguaje brunca como una rama del chibcha; PERALTA ha recogido las afinidades térrabas, bruncas, chánguenes y guaimies con los idiomas del sur; GAGINI y PITTIER reconocen que los térrabas, bruncas, bribris, cabécares, etc., forman un mismo grupo etnográfico con los indios del sur; FERNÁNDEZ FERRAZ estima esas lenguas como derivadas del chibcha; HOLMES señala la estrecha afinidad de los huetares con los chiriquies. Acerca del desplazamiento de algunas tribus en su avance septentrional conviene recordar que los Guaimies, que estaban «en la provincia de Veragua, situada a nueve grados de latitud boreal», se decían originarios de la tierra que está junto al río grande de Darién (93). Y de los Chánguenes, que los españoles encontraron en las costas de la bahía de Almirante, se dice que habían tenido antiguamente su asiento «detrás del volcán de Chiriquí».

De los Térrabas, PITTIER dice que «talvez no ha existido un tipo especial, pues aunque el mayor número de los primeros habitantes de este pueblo haya pertenecido a la tribu de los Tervis, localizados primitivamente en la boca del río Changuinoia y traídos por los años de 1500 a 1510 por los misioneros, es probable que haya algún fundamento en las tradiciones según las cuales los actuales térrabas son una mezcla de las tribus Térribes, Chánguinas, Boca Latún, Jeltún, Quenateún y Gravitus (nombre que es una corrupción del de Garavito o Garabito).

Parece probable, pues, que todos estos grupos raciales provenían de los troncos comunes a los indios que habitaban Panamá y parte de Colombia, y quizá los estudios más completos que en el futuro se hagan al respecto confirmarán esta tesis y permitirán establecer más categóricamente los lazos étnicos que existieron entre ellos. Como lo han indicado tantos y tan autorizados autores, nuestro territorio fué un «campo de reunión» para razas aborígenes y civilizaciones precolombinas procedentes del norte y del sur, punto de enlace para los grandes grupos indígenas que si bien en nuestro país llevaron una vida primitiva, en otros centros más importantes crearon culturas que asombran por el grado de desarrollo material, intelectual y espiritual que alcanzaron. Fué esa



una característica curiosa de la Costa Rica anterior al Descubrimiento, que en gran parte preparó el terreno para el experimento que su conquista y colonización significó, con la ausencia casi absoluta de los factores relativos a la población indígena que en otras de las actuales repúblicas ibero-americanas constituyeron y constituyen todavía uno de sus más serios problemas. Sería interesante estudiar las causas de tal fenómeno, pero ello no entra en la índole de este trabajo.

Debemos aceptar, dijimos, que los datos que poseemos para establecer relaciones etnográficas entre las tribus huetares y bruncas y las suramericanas no son definitivos. Faltan muchos eslabones para forjar una cadena que permitiera fijar esa unión. Las semejanzas lingüísticas, así como las de ciertas costumbres, comunes a todos esos pueblos, no pueden invocarse, a la luz de una sana crítica, como demostración terminante de su igualdad de origen. Mas ocurre lo mismo si se pretende, como algunos autores lo han hecho, buscar ésta relacionando a aquellas tribus costarricenses con las de origen nórdico. En este sentido el aspecto negativo es tan claro que induce a aceptar la teoría del origen meridional de los citados aborígenes, porque realmente no podría establecerse sobre bases lógicas y claras la afinidad de los huetares y los bruncas con los pueblos nortños. Y de otro modo habría que creer en migraciones procedentes directamente de lejanos puntos del continente, y aun quizá de otros continentes, sin escalonamiento geográfico en las regiones vecinas a nuestro actual territorio, todo lo cual resulta demasiado forzado, y contrario a lo que sobre esta materia se conoce. La historia nos enseña que los pueblos han pasado por etapas semejantes y que los grandes movimientos migratorios se han ido realizando en etapas sucesivas, cada una de las cuales, al adquirir determinadas características, dejó impresas sus huellas en los territorios que fueron teatro de ellas. Mediante su estudio ha sido posible no sólo conocer el camino que siguieron sino también reconstruir en parte las condiciones que fueron inherentes a cada etapa. Tal acontece, por ejemplo, en lo que se refiere a los pueblos asiáticos que invadieron a Europa. Y, como hemos visto, algunos investigadores han creído poder establecer también las trayectorias que recorrieron algunas razas primitivas a lo largo del continente americano, dejando como jalones de su ruta tribus que fueron los núcleos de que más tarde se desarrollaron naciones poderosas de altísima cultura. Lógicamente esta debió haber sido también la forma en que se pobló nuestro hemisferio, si no aceptamos las teorías que se basan en la suposición de un hombre americano autóctono. Es por eso que si suponemos que chorotegas y nahoas vinieron del norte y las otras razas contemporáneas de ellos diferían en todo sentido de esos pueblos, podemos creer que éstas procedían de troncos distintos, que en este caso, por las razones que hemos apuntado, serían de origen suramericano o antillano. No estamos todavía en capacidad de resolver de una vez por



toda este problema de nuestra etnografía. En estas páginas sólo hemos querido ofrecer una síntesis de lo que sobre los aborígenes costarricenses se ha dicho. Deseamos que ellas sirvan para despertar el interés de quienes, con mayor preparación que nosotros, profundicen estos estudios, de tanta importancia para establecer claramente las bases en que se asienta nuestra nacionalidad.





CULTURA HUETAR

Sukia de piedra

Colección del Museo Nacional (No. 2778).



## ÍNDICE

---

|  | Página |
|--|--------|
| Carta de la Secretaría de Educación Pública.....   | 3      |
| Mapa etnográfico de Costa Rica.....                | 7      |
| Nota preliminar.....                               | 9      |
| El origen del indio americano.....                 | 11     |
| La organización social de nuestros aborígenes..... | 16     |
| Distribución geográfica.....                       | 19     |
| Los Chorótegas.....                                | 25     |
| Los Nahoas.....                                    | 34     |
| Los Caribes.....                                   | 41     |
| Los Huetares.....                                  | 45     |
| Los Viceítas.....                                  | 51     |
| Los Corobicies.....                                | 53     |
| Los Bruncas.....                                   | 55     |
| Los Guatusos.....                                  | 60     |
| Resumen.....                                       | 61     |